

CRISTIANIDAD



52 RAZON DE ESTE NUMERO

instituciones a temblar. Cuando se habla de Revolución francesa piénsase inmediatamente en el trascendental acontecimiento de 1789, y en general no se presta la debida atención—muchas veces por absoluto desconocimiento—a las posteriores revoluciones en Francia, que tuvieron tanta trascendencia en el panorama político de Europa como la primera de ellas.

«Los que creyeron que se acababa todo, primero con la restauración, luego con la dinastía de julio, se parecen a quien esperase que un volcán se apaga tapándole el cráter con una piedra. Dos veces se ha hecho el ensayo: en los intervalos el volcán no ha dejado de lanzar llamaradas, hasta que al fin ha venido una fuerte erupción, lanzándolo todo a distancias inmensas.»

Por todos los ámbitos de Europa volvió como cuando la sembró Napoleón, a fructificar la semilla del furor revolucionario. Debajo de este furor latían poderosas e implacables fuerzas ocultas. Tan ocultas que hubieron incluso de escapar a la privilegiada visión política del mismo Balmes y de Donoso Cortés. Habrían de publicarse más tarde documentos tremendos para poner de manifiesto aquella fuerza subterránea y el dramático encono de la lucha entablada.

Italia fué blanco especial de la Revolución. Nos hemos de ocupar en números por venir del extraordinario Pontificado de Pío IX. En el presente dedicamos nuestra atención a su predecesor Gregorio XVI y a los acontecimientos políticos que se sucedieron en la Península itálica.

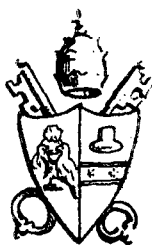
El **Editorial** trata del significado de estos acontecimientos.

Siguen los artículos:

Una noche en Spoleto, por Luis Creus Vidal (págs. 198 a 200); **Biografía de Gregorio XVI** (pág. 201); **Episodio significativo** (págs. 202 y 203); **El antecesor de Pío IX**, por J. M.^a Miralles (págs. 204 y 205); **La Pascua en Polonia**, por Piotr Kmita (págs. 206 a 209); **¡¡¡Hambre!!!: Allocución Pontificia y Pastoral del Obispo** (páginas 209 a 211).

Noticiero quincenal (pág. 212).

Los dibujos que ilustran el presente número son debidos a la pluma de Ignacio M.^a Serra Goday.



CRISTIANDAD
REVISTA QUINCENAL

Suscripción:

Anual 48'00 ptas.
Semestral 24'00 "

Número ordinario: 2'50 ptas.

"STUDIA"

REVISTA MENSUAL
— DE —
CULTURA RELIGIOSA



Calle Pont y Vich, 14
Palma de Mallorca

Reservado n.º 1.251

**NOTA DE LA
ADMINISTRACIÓN**

Distribuidos ya los índices correspondientes al pasado año 1945, nos complacemos en comunicar a nuestros lectores que, al igual que para el año 1944, nos encargamos de la encuadernación de los números.

*A este objeto pueden remitir a esta Administración los ejemplares correspondientes o bien llamar al teléfono
2 2 4 4 6*

y les serán recogidos en su domicilio.

El precio es de 22 ptas., que deberán ser abonadas por anticipado, al hacer entrega de los números.

También servimos tapas sueltas para los suscriptores que deseen hacérselo encuadernar por su cuenta. Su precio es de 18 ptas.

EL ADMINISTRADOR

CRISTIANDAD

NÚMERO 52 - AÑO III

REVISTA QUINCENAL

Diputación, 302, 2.º, 1.ª - Teléf. 22446

BARCELONA

15 Mayo de 1946

Cruz, 1, 1.º - Teléfono 25675

MADRID

EDITORIAL

No se ofenda el erudito ni el docto en Historia, pero si a alguno se le preguntase, ¿qué fué la revolución de febrero?, o, ¿qué fué la revolución del 48?, creo que una buena mayoría de los preguntados se encontrarían en dificultades para dar una cumplida respuesta. Sin duda habría quienes darían indicación sucinta de los hechos a que la pregunta se refiere, pero, ¿les sería posible, asimismo, exponer todo el hondo significado y el complejo de acontecimientos que en tales frases se encierra? Posiblemente no, y ello más que nada porque muy probablemente no se le habría ocurrido, a quien fuese, pararse a meditar y hacer conexiones de hechos y deducciones.

Los sucesos revolucionarios del siglo pasado, a que venimos aludiendo, fueron una explosión que conmovió no a una ni a dos, sino a una serie de capitales europeas, causando en ellas trastornos, mutaciones y desequilibrios tan perdurables que aún hoy se perciben perfectamente sus consecuencias. Mas aún, es tan inmediata la concomitancia entre el presente y el pasado que comentamos que casi nos parece impropia la denominación de pasado para ellos, de puro actuales que los consideramos.

Obramos dentro de un plan previamente meditado y decidido; nos hemos propuesto llamar la atención sobre aquella época; resaltar su importancia y evidenciar su actualidad. Si se consigue entender aquello se podrá ver claro en muchas cosas de ahora; entonces se actuaba pensando en ahora, calculando para un siglo después; ahora hemos, pues, de considerar lo de entonces. Cuanto entonces sucedió no pasó de ser sino preparación o escaramuza de cuanto ahora sucede.

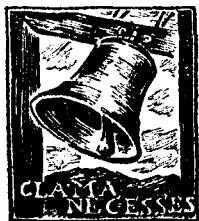
Revoluciones de los Estados Pontificios, de Francia, de Austria, de Suiza y de Alemania; en poco menos de un par de años se suceden todas ellas y luego prosiguen. ¿Y eso por qué?; ¿fué la casualidad esa coincidencia de hechos en el tiempo, o fué fruto justificado de acciones dirigidas a ese fin?; ¿Qué de cosas y de sugerencias nos plantea el estudio de esa época!

En números anteriores del presente año hemos iniciado nuestro plan para ir mostrando momentos y situaciones, actividades y documentos relativos a esa época. No podemos llegar a ella de improviso; hemos de situarnos previamente en el momento y para ello hemos de conocer los antecedentes. Ya hemos visto datos de la iniciación del liberalismo oficial en nuestra Patria con las Cortes de Cádiz y hemos mostrado, en el número 45, cual anticipo de lo mucho que se puede exponer, documentos de singular importancia relacionados con la época y que bien a las claras nos sugieren cómo las cosas no sucedían al azar, sino como consecuencia de ocultas actividades encaminadas a su logro precisamente, como medios para alcanzar el más remoto, atrevido y perverso fin de aniquilar el Solio Pontificio.

Nos queda aún camino por recorrer; habremos de adentrarnos aún más a fondo en los revolucionarios acontecimientos y habremos de llegar a analizar como punto trascendente de nuestro desarrollo el pontificado de Pío IX, el gran Papa que de pleno se encuentra en la época tantas veces aludida, y cuya figura ha sido objeto de tantas y tan desorientadas controversias.

Completando el estudio de los antecedentes y preparando la labor anunciada, dedicamos el presente número a mostrar la figura del predecesor de Pío IX, Gregorio XVI; indicamos datos interesantes que nos serán precisos para seguir el hilo de los sucesos que luego vienen, y así mostramos en breve bosquejo la agitación revolucionaria en los Estados Pontificios en el reinado de este Papa y acontecimientos relacionados con los mismos; completando, el conjunto, a modo de pincelada de color, con ese episodio tan evidenciador del estado de cosas en aquella época, cual es el de la causa contra Targhini y Montanari.

Nunca será demasiada cuanta atención se preste a tales hechos; si se leen con interés podemos asegurar que no quedarán defraudados quienes esperen saber de cuanto en números próximos hemos de decir.



Una noche en Spoleto

Una noche, en marzo de 1831, en Spoleto...

Llamaron ansiosamente a la puerta del Palacio Episcopal. Sus vanos estaban fuertemente atrancados no ciertamente a causa de exigirlo el pobre haber del Arzobispo, mermado por su caridad —a menudo inverosímil, y a veces imprudente incluso— hacia pobres y necesitados, sino por lo turbado de los tiempos. Porque, rechazo de la revolución que el pasado año había entronizado en París la Monarquía democrática y constitucional de Luis Felipe, había estallado en el Norte de los Estados Pontificios, en la Romaña, en las Legaciones —así como en los vecinos ducados de Parma y Módena— una insurrección bajo el doble signo liberal y antipontificio, y bandas de foragidos, titulados milicianos de un “gobierno provisional” que se había instituido en Bolonia, traían afligida la comarca.

El mismo Arzobispo —falto casi de toda servidumbre— había oído la llamada y, llevado una vez más por el impulso de su corazón, había descendido por las escaleras del patio. El invierno aún no había desguarnecido sus reales de las niveas cimas de los vecinos Apeninos y el cortante airecillo de la Umbría sobrecogió al bondadoso Prelado en el atrio.

—¿Quién sois?...

—Un patriota que se acoge, Ilustrísimo Señor, a vuestra protección y reclama vuestro asilo.

¡Un “patriota”! Bien sabía aquel Pastor de almas —y mejor había de saberlo más tarde— lo que se escondía bajo aquellas palabras. “Patriota” en el título. Mas, en la realidad, un auténtico carbonario, jefe de aquellos conspiradores que, con el puñal y la traición, laboraban llenos de auténtico misticismo satánico en la tarea de demoler Tronos y Altares.

—¿Por qué huís?

—Las tropas austríacas, Ilustrísimo Señor, han atravesado el Po, y avanzan hacia el Sur. Nuestro levantamiento está perdido... y yo también si vos no me salváis.

—Pasad, hijo mío. Esta es la casa del Pastor. Y el Pastor siempre tiene abierto su redil para recoger de nuevo las ovejas descarriadas.

El carbonario que así acogía era un joven pálido, cuyo rostro sombrío llevaba ya la huella de prematuros remordimientos, que habían de acompañarle a lo largo de su agitada vida. La zozobra de su semblante, y lo desgarrado de sus ropas delataban, sin embargo, que sus aventuras eran aún más complejas que las que corresponderían a un simple carbonario en plan de fuga. A la lumbre de un buen fuego, confortado con la cena que le fué servida para colmar el hambre de quien llevaba ocultándose tres días para andar sin reposo durante tres noches, pero más confortado aún por la paternal solicitud de aquel Prelado lleno de caridad, narró sus desdichas. Su hermano mayor había sido asesinado por parecer poco extremista a quienes le habían “jurado” obediencia, pero que en realidad no obedecían sino a las más altas “ventas” de la oscura secta carbonaria. Y él, ahora, proscrito —ya por su cuna había sido siempre un hombre errante, sin patria propia— se veía perseguido por unos y por otros, y no le quedaba, en el mundo, otro refugio que aquel Palacio Episcopal en el corazón de Umbría...

“...Y Monseñor —según reza la historia, que aquí es del autorizado Villefranche— comenzó por ocultar a quien se confió a su honor; le procuró luego un pasaporte en blanco, escribió en él las señas del joven bajo un nombre supuesto, y le dió de esta suerte los medios de ganar la frontera”.

Hecho, de otra parte, “que los diarios ingleses y alemanes refirieron, años más tarde, en 1860, en una época en

que ningún periódico francés hubiera podido traducirlo impunemente”.

Porque, aquel fugitivo carbonario no era otro que Luis, hijo segundo de la exreina Hortensia; su hermano mayor, el asesinado, Carlos. Sobrinos ambos del Gran Corso, y que buscaban en las aguas turbias de las revoluciones de la época, el camino de una restauración bonapartista. Más tarde, Luis —ahora llamado a su vez Luis Napoleón—, había de verse, tras repetidos golpes de audacia, encumbrado a la dignidad de César de Francia, con el nombre de Napoleón III.

Y aquel Arzobispo bondadoso no era otro que Monseñor Juan María Mastai-Ferretti, a quien años más tarde la Cristiandad había de venerar, en el Solio de San Pedro, con el nombre, inmortal, así por sus virtudes y su labor magistral, como por sus grandes sufrimientos, de Pío IX. Sufrimientos que por permisión misteriosa en los designios de la Providencia, había de sentir mayormente por cuanto muchos de ellos fueron originados por la conducta en el trono imperial de Francia de aquel fugitivo a quien auxiliara, una noche en Spoleto...

Gregorio XVI y su tiempo

Entretanto, la Iglesia veneraba a otro Pontífice que acababa de ceñir la Tiara: un virtuoso monje camaldulense, Mauro Capellari, y que con insospechado vigor había empuñado el timón de la Nave, desafiando la tempestad. El nuevo Vicario de Cristo, se enfrentaba con una de las épocas más difíciles que recuerde la historia de la Iglesia.

Era una época crucial.

En el reino del pensamiento y de las letras, se la conoce con un nombre, de inmenso contenido: el Romanticismo.

El siglo XVIII, con su sensismo, con la explosión de su grosero materialismo, cristalizado, en lo intelectual, en la llamada filosofía de la Enciclopedia, había llegado demasiado abajo. Ella había acarreado la guillotina revolucionaria y el cesarismo tiránico napoleónico.

Había de surgir una reacción. No en vano, gravitaba sobre la Sociedad, el feliz atavismo de diez y ocho siglos de fe. Podían ya las esencias sociales estar tan maltrechas que no permitiesen una restauración cristiana, por desgracia; pero algo quedaba aún de sano que hacía que el hombre reaccionase contra tanta inundación y tanto lodo. Quizá, en medio de los errores de su tiempo, esta reacción era una de aquellas en las que Lamartine adivinaba el influjo del Espíritu de Dios que sabe mover los instintos y los anhelos sociales...

Le genre humain n'est qu'un seul être
Formé de générations,
Comme un seul homme on le voit naître,
Ton souffle est dans ses passions.
Jeune, son âme orageuse et profonde
Déborde à flots d'écume et ravage le monde... (1)

¿Hablaron, aquella noche en Spoleto, los futuros Pío IX y Napoleón III?

Como es natural, nada dice la Historia de si hubo algún coloquio entre aquellos dos personajes en ocasión de su simbólica entrevista. De otra parte, ¿cómo podían ambos prever el papel supremo a que les destinaba el porvenir, llevado por la Providencia?

Mas, si podemos nosotros observar la enorme significa-

(1) Oda «A l'Esprit Saint», Lamartine. Citado en CRISTIANDAD, n.º 28.

ción que reviste ver entonces al futuro César, protegido por el poder religioso al que había tanto de afligir.

Gregorio XVI, el sucesor de Pedro, entonces reinante, sentía en aquellos momentos estos dolores de crucifixión que han sido casi constantemente patrimonio de la Iglesia.

Aquel bellaco fugitivo, que la caridad de Monseñor Mastai-Ferretti amparaba, personificaba en aquel momento el carbonarismo en el cual, a pesar de ser enemigo de los tronos, comulgaban a menudo los mismos reyes.

Hallábase el Pontífice Gregorio, ante este ataque, en circunstancias bien difíciles. A su tarea suprema de defensor de la Ciudad Santa contra los ataques de la impiedad, había de añadir la tarea, secundaria, pero trascendental, por cuanto humanamente estaba vinculada con la primera, de defender los Estados terrenales de la Iglesia. Y es por este motivo que Gregorio —el estar vinculada una cuestión con otra— como tantos otros Pontífices, defendió con su enérgico “Non possumus!!!” la integridad del patrimonio terrenal de Pedro, que, ciertamente, no hubiera merecido de otro modo tanta solicitud, que no derivaba de la codicia de sostener un reino material. ¿No hemos visto más tarde, en 1929, cuando Pío XI advirtió que tal Patrimonio no era indispensable, cederlo fácilmente por los Tratados de Letrán?

Fácil le era a la impiedad atacar al Vicario de Cristo por el lado más accesible a la demagogia, presentándolo como tirano temporal. Mas, ciertamente, no lograron turbar su vida.

La vida divina de la Iglesia está muy por encima de los vaivenes terrenales.

En medio de éstos, Gregorio XVI, paternalmente, promovía un verdadero florecer de nuevas Instituciones religiosas, que exultaban en su vida siempre renovada. El ejemplo de las virtudes del sacro Colegio cardenalicio, de los Pastores de la Iglesia, de un Wiseman, había de atraer hacia el viejo y eterno redil no pocas almas nobles del Norte, tanto tiempo separadas... y la extensión de las misiones afirmaba cada vez mejor el carácter universal de la Madre de los Santos. Mientras unos marinos franceses, en Ancona, cometían un atentado contra sus Estados, le llega la noticia al Padre común de que otros franceses, mejores, el P. Gagelin y los suyos, acababan de dar, en medio de horribles tormentos, su vida por Cristo en la lejana Indo-China. Y esto hapreciado siempre más la Iglesia, que la posesión de un patrimonio terrenal que si ha utilizado, ha sido, exclusivamente, por ser necesario al bien de todos.

Gregorio XVI y la insurrección

Dos etapas sucesivas tuvo esta revolución de 1831-32, en los Estados de la Iglesia.

Ante la gravedad de la insurrección, el cardenal Bernetti, en nombre del Papa, había debido interesar la intervención de Austria. Pero, inmediatamente quedó el orden restablecido, el Pontífice, *motu proprio*, concedió una amnistía general, después de haber dado, voluntariamente, ocasión a no pocos culpables, como aquel Cardenal declaró en su nota del 30 de abril a las Potencias, “de huir de los Estados de la Iglesia”.

Empero Metternich nunca supo estar a la altura del magnífico papel con que la Providencia honraba al Imperio Austríaco, haciéndole el protector legítimo de la Santa Sede. Nunca supo conservarse en discreto lugar, retirándose después de haber tenido la fortuna de prestar un servicio tal al Vicario de Dios en la tierra. He aquí que aun no se había dominado la rebelión, que ya las cinco grandes potencias de la época tenían el atrevimiento de hacer reunir sus embajadores en Roma, en conferencia, para proponer al Pontífice reformas en sus Estados. Cierta que andaba en ello la mano solapada de Inglaterra; baste para demostrarlo observar el género de conducta observada por cada uno

de aquellos representantes. Mas el Papa estuvo admirable en firmeza ante esta inmixinión indigna, que rechazó netamente.

Quedaba, empero, un peligro más inmediato. La presencia de tropas austríacas que aún no se habían retirado, por exigirlo así las circunstancias, movía los celos del “constitucional” Luis Felipe de Francia, quien acababa de elevar al poder a Casimiro Perier. Francia anunció que si las tropas austríacas seguían interviniendo en los Estados de la Iglesia, en nombre del equilibrio europeo tendrían que hacer lo mismo las tropas galas. Y el Papa hubo de suplicar a los austríacos se retirasen.

Esto es lo que deseaba la conspiración. Retiradas las tropas imperiales, a fines del mismo 1831, renovóse, como no podía ser menos, la sublevación, y esta vez con más ímpetu que nunca. Y el Papa hubo de volver a llamar a los austríacos.

Nuevo pretexto para desatar los lirismos carbonarios de la época. Una vez más el Papa “enfeudado” con la odiosa Austria.

¡Qué de ocasiones para la lira! Ya entonces empieza la musa a desbocarse, bien que hasta más tarde, en los momentos de euforia de la unificación, no llegará al paroxismo, cuando Prati, ya citado en otro número de CRISTIANDAD, prorrumpe:

Dunque ancora si snudan le spade,
sequilla a festa la tromba di guerra
per ritorvi le belle contrade,
o progenie dei fulvi signor.
¿Qual di voi lo contende? La terra
e ben nostra che Italia si noma,
e una gente che nacque de Roma
cancellarla era stolto furor.
Ci rapiste le mesi sudate,
gli statuti, le legge degli avi:
questa piazza ci fu maculate
da una lingua que nostra non é...

Mas, ¿correspondían tales lirismos con el heroísmo en los campos de batalla? Había, ciertamente, más de musa que de heroico, sobre todo frente al austríaco opresor, en el momento de la verdad.

“Fuga generale”, era el fin obligado de todas las peripecias. Es en una de estas “fugas” que hemos visto a Luis Napoleón refugiarse en casa del Arzobispo.

Nuevo segundo pretexto para la Francia “constitucional” para auxiliar a los revolucionarios. Otra vez el equilibrio europeo.

Y así se llegó a febrero de 1832. Una flotilla francesa, al mando del comandante Gallois, acometió la empresa poco gloriosa de ocupar Ancona, en la costa adriática, para “colaborar” así al mantenimiento del orden. De hecho, para contentar el “chauvinismo” francés, y echar al mismo tiempo una mano a los hermanos revolucionarios que las tropas austríacas cazaban como liebres.

Con el cinismo que caracteriza a muchos historiadores franceses, Debidour afirma que el cardenal Bernetti, “harto de la “protección austríaca” —y el propio Papa también— tuvo una satisfacción íntima al conocer el desembarco gallo”. Muy hipócrita deben hacer al cardenal, cuando éste declaró, altamente, que aquella acción del Gobierno francés “no tenía precedentes como no fuese en las piraterías de los sarracenos”. Lo que ocurre es que siempre la Santa Sede ha sentido hacia la que fué “hija primogénita” de la Iglesia una clemencia propia de la Iglesia, Esposa de Aquel que no se arrepiente nunca de sus dones, y por ello la ha tratado siempre con especial predilección. Mas la “hija primogénita” a menudo no ha actuado como tal: en este momento es el propio Guizot, bien poco sospechoso, quien confiesa y cali-

fica al acto de "contrario al derecho público y además, temerario", en sus memorias.

El resto del Pontificado de Gregorio XVI.

El Carbonarismo. Una táctica

Consumados estos sucesos, la Providencia deparó a Gregorio un reinado relativamente tranquilo, por lo menos en la apariencia exterior, quizá en su permisión de que hubiese de ser su Sucesor quien apurase de nuevo el cáliz, y esta vez hasta las heces.

Es en esta época, de 1834 a 1846, que se desarrollan los inicios del neoguelfismo, que comienza el "Rissorgimento" con la idea nacional y unitaria de Italia.

Atizan esta ebullición, como ya hemos explicado largamente en las páginas de otros números de CRISTIANDAD, las Sociedades secretas: en el número 45, por ejemplo, se ha hablado del Carbonarismo, típica entre todas, clásicamente masónica, con su táctica serpentina y su oportunismo. Para esto, cuando ha sido menester, el Carbonarismo se ha hecho conservador, monárquico incluso.

Su tradición, informada por místico odio satánico, ha venido continuada hasta nuestros días.

Es la táctica de los perseguidores directos, de aquellos que se sienten sucesores de los Neronés y Dioclecianos.

Mazzini y la Democracia. Otra táctica

No obstante, quien ojee la historia contemporánea, observará el fenómeno de que las aflicciones —cuantitativamente hablando— mayores que ha sufrido la Iglesia, han sido debidas a otro espíritu, igualmente satánico, pero muy distinto. Aquel espíritu que ha atacado la Iglesia por el procedimiento de desconocerla, de separarla, de ahogarla, en lugar de atacarla directamente. La mayor parte de los grandes movimientos democráticos de nuestros dos últimos siglos no ofrecen el aspecto exterior y espectacular de una persecución cruenta anticristiana, al estilo de la citada en el anterior epígrafe.

La Democracia moderna, con todo el complejo de doctrinas y prácticas que la han acompañado, ha logrado matar las almas de los cristianos sin matar sus cuerpos. Esta ha sido la obra del Laicismo.

Y es en esta misma época, en este mismo Pontificado que aparece el gran agitador y padre de la democracia moderna: Mazzini.

Mazzini cree que es llegado ya el momento de salir de los subterráneos. La labor descristianizadora está ya para ello adelantada. Ya no precisa más que proclamar la revolución pública, abiertamente. Incluso no será preciso en algunos casos perseguir cruentamente a la Iglesia: "Dios y Pueblo". Mejor podría decir: "El Pueblo es Dios". Tales son sus divisas.

Ello no significa que Mazzini no se apoye en organizaciones clandestinas, en el puñal también. Mas, para él, el objetivo puede alcanzarse ya, por lo menos en parte, a la luz del sol.

Mazzini tremola pues, en esta década, su nuevo pendón. Para ello funda sus sociedades, aún secretas muchas de ellas: "Joven Italia", "Joven Suiza", "Joven Europa". ¿Es de creer, por ello, dada la convergencia de su fin, que su obra hubiese de marchar armónicamente con las demás sociedades secretas de su tiempo, con la masonería, con el carbonarismo?

Creerlo sería olvidar lo que es la naturaleza humana. Aun cuando unidos por un común ideal satánico, los hombres, al servicio del infierno, también pelean entre sí. La lucha entre los movimientos democráticos de Mazzini y las sociedades típicamente secretas, más precisamente las carbonarias,

se prolongó hasta que, avanzadas las etapas de la Unidad italiana, aquel común y preciso ideal promovió la adhesión de Mazzini —el eterno demócrata antimonárquico— a la causa de la Casa de Saboya como despojante del Patrimonio de los Pontífices.

Un detalle significativo es una de las cartas halladas por la diligencia del gran Crétineau-Joly, tan comentado en estas páginas. Y he aquí cómo en la Alta Venta se juzgaba entonces a un agitador que después la historia debía reconocer como el más eficaz de su siglo, cuando éste solicitó su admisión, atraído por su carácter de verdadera y suprema "sinagoga de Satanás".

"Ya sabéis —escribe *Nubius*, que, como es sabido, oculta el nombre del jefe de aquella, a otro personaje conocido por el seudónimo de *Beppo*— ya sabéis que Mazzini se ha considerado digno de cooperar en la empresa más grande de la época nuestra: mas no lo ha estimado así la Venta Suprema. Mazzini no puede desempeñar el obscuro papel a que nosotros nos hemos resignado hasta el día de la victoria; conspirador de melodrama, le gusta hablar de muchas cosas, y sobre todo de sí mismo..."

(...)

"Téngolo por el "villano caballero" de las sociedades secretas, y es lástima que mi estimado Molière no pudiese conocerle. Dejémosle que ostente en los figones del Lago Lemán o en los lupanares de Londres su presunción... que fabrique a su placer "Jóvenes Italías", "Jóvenes Alemanias", "Jóvenes Polonias, Francias y Suizas"..."

(...)

"Dadle a entender que, de existir la Venta que supone (y a la que quería ingresar) es claro que ésta habrá de ser superior a todas las demás, y como San Juan de Letrán "caput et mater omnium ecclesiarum"; a ella sólo habrían sido llamados los elegidos dignos de semejante favor, y excluido Mazzini hasta ahora, sería fácil que al querer penetrar por fuerza o por astucia un secreto que no le pertenece, se expusiera a los mismo peligros de que tan pródigo ha sido para los demás".

Rivales, hasta la muerte; celosas cada una de ellas de sus "prerrogativas" satánicas, no por esto dejó, en su día, de hacerse convergente la acción de unas y otras sociedades secretas, y carbonarismo y democracia habían de confluir en el preciso ideal común que desde el primer momento se enroscó, como una serpiente, alrededor del ideal de resurgimiento italiano.

Y es, en definitiva, porque un pueblo tan privilegiado, tan beneficiado por los favores de Dios como el itálico, no debía poner su supremo ideal en un ideal nacional; debía ponerlo en el ideal, auténticamente guelfo, de servicio de la Iglesia, como fin supremo y definitivo a que su pueblo se hallaba destinado. ¿Cabe mayor honor? Y los honores de la nacionalidad, de la unidad —que Dios no hubiera querido rehusarle—, dejados en su lugar, esto es, secundariamente, le hubieran llegado *por añadidura*, en su día.

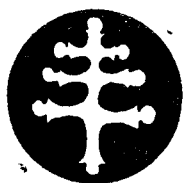
Y esta Unidad itálica, consumada bajo el signo de la injusticia y de tantas cobardías, hubiera cristalizado en una nación mejor, que no hubiera ciertamente sentido las tragedias y las humillaciones que estamos actualmente presenciando, ya que de ellas sin duda hubiera sido preservada. Una Italia "hija auténtica del Papado" hubiera sido la mejor respuesta a la insolente calificación de Metternich: "una simple expresión geográfica", y, servidora diligente del Padre de todos en el aspecto humano y material de su misión en la tierra, bajo su protección moral, hubiera florecido y hubiera rejuvenecido los laureles de Legnano siempre que se hubiera presentado —como entonces— una causa justa que defender, en aquellas batallas en que el Dios de los ejércitos impera.

Luis Creus Vidal



GREGORIO XVI

Hay en la historia figuras cuya talla sólo pone de relieve el tiempo. Un siglo entero las deja como en olvido: mas luego, otro siglo, más justo, reivindica su valor. ♦ Una de ellas es la de fray Mauro Bartolomé Cappellari, humilde camaldulense. ♦ Nacido en 8 de septiembre de 1765, no parecía había de conocer el mundo, que sólo había entrevisto desde su villa natal de Belluno, para refugiarse en el puerto seguro del claustro, en San Miguel de Murano a los 18 años. ♦ Fué ordenado y profesó la regla benedictina en 1787. Los tremendos años de la Revolución francesa no turbaron la quietud conventual de su celda, ni la labor docente del joven religioso, profesor de Teología y Filosofía, que parecía definitivamente destinado a la paz de su retiro. ♦ Mas otros eran los caminos del Señor. El humilde hijo de San Benito pasaba a Roma, en los momentos en que el sacrílego Berthier, en nombre de la Francia revolucionaria, arrebató al Pontífice Pío VI de su Sede, y lo dejaba morir, dolorosamente en su prisión de la Ciudadela de Valencia del Ródano. ♦ Y es entonces que Dom Cappellari rompe su silencio y deja su paz, y forma en las filas de aquellos que, entre peligros y amenazas, no silenciaron la verdad. ♦ Un libro recoge su clamor. En «Il Trionfo della Santa Sede», vaticina, valientemente, la definitiva victoria del Pontificado, Silla del Vicario de Cristo, contra todos sus enemigos. Y ello, en el momento en que exultaba, en la cumbre de su orgullo, el más prestigioso entre todos aquellos que registra la Historia moderna y contemporánea: Napoleón Bonaparte. ♦ Pío VII le nombró abad vicario de San Gregorio. Cuando el General Miollis, a su vez, arrebató a este otro gran Pontífice, hubo de refugiarse en Venecia: De nuevo unos años de labor oculta. ♦ Retornó gloriosamente el Papa Pío a Roma, y uno de sus primeros cuidados fué llamar otra vez a su lado a fray Mauro, como Consultor de Congregaciones. Tanto necesitaba de su colaboración. ♦ Y aquí se inició una noble porfía, que había de prolongarse hasta el sucesor de aquél. Un Papa, deseando enaltecer las virtudes de un fraile con una Sede. Y un fraile, resistiendo por humildad. Hasta 1826 prevaleció ésta última. ♦ En este año, León XII consiguió aceptase el Capelo cardenalicio por San Calixto y la Prefectura de «Propaganda Fide». ♦ Aquí descuella lo mejor de la obra del Cardenal Cappellari, artífice del grandioso impulso de su tiempo a las Misiones, y hábil negociador de la política de Concordatos que los tiempos aconsejaban. ♦ Fallecido Pío VIII, el Cónclave lo eligió Papa el 2 de febrero de 1831. Tomó el nombre de Gregorio, XVI de su nombre. ♦ Los primeros años de su Pontificado fueron turbados por las dos insurrecciones que en las Marcas y la Romaña habían preparado, en la oscuridad, las Sectas. Hubo de utilizar el apoyo de la católica Austria para dominarlas, y al mismo tiempo, usar de toda su entereza de príncipe-simultánea a sus virtudes de Vicario de Cristo—para defenderse contra las escandalosas intromisiones de las otras grandes Potencias, celosas del apoyo antes citado. ♦ Culminaron tales intromisiones en la ocupación de Ancona, perpetrada por Francia, en nombre del «equilibrio europeo». En estos difíciles tiempos, la Providencia otorgó a su Vicario el inapreciable concurso de hombres como los Cardenales Bernetti y Lambruschini. ♦ Pasada la tormenta, Dios concedió a Gregorio XVI unos años de tregua. Y decimos así, porque en ellos incubó la gran Revolución que había de afrontar su sucesor. ♦ Ellos fueron bien aprovechados, y la Ciudad Santa enrobustecida en sus mejores murallas: la vida divina de la Iglesia cobrando renovado impulso. ♦ Desde el Solio, el gran Pontífice, coronando su anterior labor cardenalicia, dió definitivo impulso a la gran obra de la Iglesia contemporánea: las Misiones, en su sentido más moderno. ♦ Su labor magistral culmina en sus Encíclicas —contra los errores de su tiempo— «Mirari vos» y «Singulari nos» y en la «Inter praecipuas machinationes» (condenación de la Sociedad Bíblica). ♦ Y aquella su antes citada labor más íntima, infundiendo nuevo espíritu sobrenatural en sus ovejas, se plasma visiblemente, en la restauración general que emprendiera de las venerables Basílicas cristianas que conservan el «perfume de Roma», y que en aquellos mismos años el inmortal Cardenal Wiseman rejuvenecía con su «Fabiola». ♦ Y este último gran Cardenal había de ser quien desbrozase los caminos del Señor que apuntaban hacia un reflorcer del Catolicismo en la brumosa antigua Albión, que en esta misma época ascendía rauda hacia la cumbre de su poderío materialista. Los vicariatos en la Isla se duplicaban. ♦ El gran Pontificado de un humilde camaldulense, que había sido ornamentado por la asistencia de otros Cardenales no menos grandes que los antes citados —un Mezzofanti, un Rohrbacher— se extinguió el 1 de junio de 1846. Al conjuro de las Sectas los Tronos de Europa bamboleaban. Italia se agitaba bajo campañas de unidad y de «rissorgimento», de un neoguelfismo falaz y de un liberalismo ascendente. En el reloj de la Providencia sonaba la hora de Pío IX.



Episodio significativo

Para que el lector pueda juzgar por sí mismo de todo el fondo de perversa maldad que se aprecia en las actuaciones de las sectas, así como de la fina hipocresía y sutilezas a que recurren para alcanzar, a veces, los fines propuestos, entre un sin fin de datos similares entresacamos el que a continuación transcribimos, tomado de la obra «La Iglesia Romana y la Revolución» de J. Cretineau-Joly, traducción de Gebhardt.

“En 1825 hallaron eco las mismas teorías en la capital del mundo cristiano; en ella fué el asesinato injertado por el carbonarismo. La sentencia que nos descubre el suceso dice así:

“La comisión especial nombrada por nuestro Padre Santo el Papa León XII, que felizmente reina, y presidida por su excelencia monseñor Tomás Bernetti, gobernador de Roma, se ha reunido hoy a las nueve de la mañana en una de las salas del palacio del gobierno para ver la causa que por delito de lesa majestad y heridas con traición y otras circunstancias agravantes se ha formado contra Angelo Targhini, natural de Brescia y domiciliado en Roma; Leónidas Montanari, de Cesena, cirujano en Rocca di Papa; Pompeyo Garofolini, romano, procurador; Luis Spadoni, de Forli, licenciado de las tropas extranjeras y después ayuda de cámara; Ludovico Gasperoni, de Fussinano, provincia de Ravena, estudiante de jurisprudencia y Sebastián Ricci, de Cesena, criado sin colocación, mayores todos de edad.

“Abierta la discusión después de las acostumbradas peticiones y de la invocación del Santísimo Nombre de Dios, se ha leído el apuntamiento de la causa conforme al proceso y sumario de antemano distribuido, y el abogado fiscal y el procurador general han sentado y explicado los puntos de legislación y las constituciones que hacen referencia a los atestados de que se trata.

“El abogado de pobres ha aducido los fundamentos de la defensa, ya de viva voz, ya por escritos de antemano repartidos.

“Y la comisión especial, tomando en consideración la resultancia de la causa, los fundamentos de la defensa y las disposiciones legales, declara:

“Que Angelo Targhini, mientras estuvo preso por homicidio cometido en 1819 en la persona de Alejandro Corsi, intervino en cuanto tenía relación con las sociedades secretas prohibidas, y se afilió en seguida a la secta de los carbonarios, cuyo fundador fué en la capital así que pudo regresar a ella.

“Que si bien hizo algunos prosélitos, éstos no frecuentaban mucho la sociedad, siendo en ella Targhini jefe y déspota absoluto, según declaran sus mismos compañeros;

“Que en unión con sus coacusados no omitió esfuerzo para lograr que aquéllos frecuentasen la secta, y para ello y a fin de comunicar a aquélla poderoso impulso determinó aterrorizar con ejemplar espanto a las personas que de la misma se habían separado, formando entonces el proyecto de asesinar a algunos apelando a la traición;

“Que en la noche del 4 de junio último, resuelto a realizar su plan, dicho Targhini visitó en su propia casa a una de las expresadas personas, y sacándola de ella con pretextos la llevó a un mesón donde bebieron juntos: de allí con amistosas modales, la acompañó hasta la calle que lleva a la plaza de Sant-Andrea della Valle, en cuyo punto aquel joven, sin sospecha ni receio alguno, recibió de pronto y por la espalda una puñalada en el costado derecho quedando gravemente herido;

“Que Leónidas Montanari, el cual estaba allí en acecho espiando su paso, fué el autor del daño;

“Que a la misma hora en que Targhini fué a la casa de dicha persona, Pompeyo Garofolini y Luis Spadoni fueron a la de otro afiliado a la secta que tampoco la frecuentaba, y quedándose el uno en la calle subió el otro al cuarto también con el designio de hacerle salir para asesinarle, lo cual, por suerte, no sucedió, por cuanto aquella persona se encontraba indispuesta y estaba en aquel momento tomando un baño de pies;

“Que, inmediatamente después de haber salido Targhini de su casa con Montanari, salieron de ella Spadoni y Garofolini, y en seguida practicaron lo mismo Ludovico Gasperoni y Sebastián Ricci, lo cual prueba que previamente se habían reunido todos;

“Que agrupando estas circunstancias y otras no menos atendibles de la causa en la cual constan por extenso adquiérese el convencimiento de que los acusados conspiraron y se confabularon para la ejecución del delito que sólo pudo consumarse en una de las personas designadas;

“En su consecuencia la comisión especial, considerando la gravedad de este delito y del de lesa majestad, y también las pruebas que pesan contra los acusados, juzga y condena por unanimidad a Angelo Targhini y Leónidas Montanari a la pena de muerte; a Luis Spadoni y Pompeyo Garofolini a galeras perpetuas, y a Ludovico Gasperoni y Sebastián Ricci a diez años de la misma pena”.

“Convictos de asesinato y conjuración Targhini y Montanari debían expiar con la muerte una existencia manchada con feos delitos y haciendo alarde de heroicos e italianos sentimientos subieron al patíbulo en 23 de noviembre de 1825. Desde él Targhini exclamó: “Pueblo, muero inocente, francmasón, carbonario e impenitente”. Igual audacia tuvo Montanari; besó la cabeza del ajusticiado, y volviéndose a los sacerdotes, que inútilmente procuraban reducirle a sentimientos mejores, les dijo: “Ved una adormidera recién cortada”.

Había en semejante profesión de materialismo junto con aquella impenitencia algo lúgubre que daba estremecimientos de horror. El pueblo arrodillado maldecía aquel escándalo sin nombre; pero esto no impidió que los periódicos constitucionales de Francia e Inglaterra se apoderasen del hecho para acusar a la Santa Sede y ceñir gloriosa corona a unos mártires que al fin y al cabo no pasaban de ser vulgares asesinos.

En tanto que la Prensa liberal levanta altares a Targhini y Montanari y niega la conspiración lo mismo que el asesinato, el director de la Venta suprema escribe a su cómplice Vindicio, e impresionado por la ejecución emite una idea y un deseo dignos del infierno.

“Con la ciudad entera asistí a la ejecución de Targhini y Montanari —dice— y he de manifestar que prefiero su muerte a su vida. La conspiración que sin tino habían ideado a fin de inspirar terror no podía tener buen resultado, y por poco nos compromete a nosotros. Su muerte, empero, ha borrado sus culpas: uno y otro han caído con ánimo sereno,

y este espectáculo dará sus frutos. Gritar en la plaza del Pueblo de Roma, en la ciudad matriz del catolicismo, en presencia del verdugo y del público que se muere inocente, francmasón e impenitente, es cosa admirable, tanto más en cuanto es la primera vez que sucede. Dignos son Montanari y Targhini de nuestro martirologio por no haber querido aceptar el perdón de la Iglesia ni la reconciliación con el cielo. Hasta el día los pacientes puestos en capilla se deshacían en llanto de arrepentimiento para conmovir el alma del Vicario de las misericordias; pero los de hoy no han querido saber cosa alguna de las celestiales venturas y su muerte de réprobos ha causado en el público excelente y mágico efecto. Ha sido la primera proclamación de las sociedades secretas y una toma de posesión de las almas.

“Tenemos ya mártires. Para hacer burla de la policía de Bernetti hago que se arrojen flores, muchas flores, sobre la huesa en que el verdugo sepultó sus cadáveres; y para ello, temeroso de que sean descubiertos nuestros criados, hemos adoptado otras disposiciones. Hay aquí muchos ingleses y jóvenes “miss” antipapistas entusiastas, y a ellos confiamos la piadosa empresa. La idea me pareció muy feliz, tanto como a las rubias señoritas anglicanas, y creo que las flores de que son cubiertos cada noche los cadáveres de los dos ajusticiados fecundarán el entusiasmo de la Europa revolucionaria. Los difuntos tendrán su Panteón, y luego iré yo de día a dar el pésame a monsignor Piatti, pobre hombre a quien se han escapado las dos almas de los carbonarios. Para confesarlas apeló a toda su obstinación sacerdotal, pero en vano; hubo de declararse vencido, y por mí mismo, por mi nombre, por mi posición y sobre todo por nuestra suerte futura tócame deplorar con todos los corazones católicos un escándalo en Roma inaudito. Y con tanta elocuencia he de deplorarlo que espero enternecer al mismo Piatti. A propósito de flores, habéis de saber que por medio de un inocente afiliado nuestro de la francmasonería hemos pedido al poeta francés Casimiro Delavigne una “Messenia” sobre Targhini y Montanari; y como el poeta a quien veo con frecuencia en museos y salones es un buenazo, ha prometido derramar algunas lágrimas por los mártires y fulminar anatema contra los verdugos. Los verdugos, cosa es clara, serán el Papa y los sacerdotes, y siempre ha de ganarse algo en ello. También harán maravillas los corresponsales ingleses, y a algunos conozco que han llevado ya a sus labios la épica trompa para celebrar el suceso.

“Y, sin embargo, estoy convencido de que es muy mala acción el formar de este modo héroes y mártires. Recibe el público tan viva impresión al ver la cuchilla que corta la vida, pasa con tanta facilidad la muchedumbre de una sensación a otra, es tan propensa a admirar a aquellos que arrostran con audacia el supremo instante, que yo mismo desde que he asistido al espectáculo me siento trastornado y dispuesto a hacer lo mismo que la generalidad. Y esta impresión de que no acierto a desasirme y que ha hecho perdonar tan pronto a los dos ajusticiados su delito e impenitencia final, me ha sugerido reflexiones filosóficas médicas y anticristianas que quizás convenga utilizar algún día.

“Si llegamos a triunfar, como espero, y si para eternizar nuestra victoria es necesario derramar algunas gotas de sangre, no hay que pensar en conceder a las víctimas designadas el derecho de morir con dignidad y firmeza. Tales muertes sólo sirven para mantener vivo el espíritu de oposición y ofrecer mártires al pueblo para que admire y goce en su serenidad y esfuerzo; mal ejemplo que, si bien nos favorece hoy, convendrá evitar para en adelante. Si por cualquier medio (¡posee la química tantos secretos!) hubiesen Targhini y Montanari subido al cadalso postrados, abatidos y

desalentados, el pueblo no se habría apiadado de ellos; han manifestado, empero, esfuerzo y presencia de ánimo, y el mismo pueblo conserva de su fin grata memoria y ve una fecha memorable en el día de su suplicio. Por inocente que sea el hombre que ha de ser llevado en brazos al patíbulo deja de ser peligroso; pero si sube a él con planta firme y contempla la muerte con impassible mirada, conquista, aunque delincuente, el favor y aprecio de la muchedumbre.

“No soy de mío cruel, y pienso no experimentar nunca sed de sangre; pero el que quiere el fin quiere los medios, y sostengo que una vez llegado el caso no debemos ni podemos, en beneficio de la humanidad misma, consentir en enriquecernos con mártires a pesar nuestro. ¿No os parece que al tener delante a los primitivos cristianos habrían los césares obrado mejor enflaqueciendo, atenuando y confiscando para el paganismo la heroica manía del cielo que permitiendo excitar el fervor del pueblo con tantas muertes dignas del teatro? ¿No habría sido mejor curar el esfuerzo de ánimo entorpeciendo el cuerpo? Para mí tengo que una droga bien preparada y bien administrada que hubiese debilitado y postrado al paciente habría sido de más saludable efecto. A haber empleado los césares las Locustas de su época en semejante tarea estoy persuadido de que nuestro caduco Júpiter Olímpico y sus númenes de segunda clase no habrían sucumbido tan miserablemente ni habría sido tan esplendente la suerte del cristianismo. Pero en vez de esto invitábase a sus apóstoles, sacerdotes y vírgenes a morir despedazados por los leones en el anfiteatro o en las plazas públicas a la vista de un público atento, y apóstoles, vírgenes y sacerdotes, movidos por un sentimiento de fe, de imitación, de proselitismo y entusiasmo espiraban sin pestañear entonando himnos de victoria. Y es claro, comunicábase de uno a otro el deseo de inmolarse de aquel modo heroico, pues no era aquella la primera vez que aquejaba a la Humanidad esa singular manía. ¿Acaso no era ya sabido que los gladiadores engendraban gladiadores? Si esos pobres césares hubiesen tenido la honra de formar parte de la suprema venta me habría limitado a aconsejarles que hubiesen dado a los neófitos más animosos cierta poción arreglada a receta, y es seguro que no habría habido más conversiones, en cuanto a los mártires habrían concluido. En efecto, cuando se ve arrastrar hacia el suplicio un cuerpo sin movimiento, de voluntad inerte y de ojos que lloran sin conmovir, no debe temerse que se encuentren émulo por espíritu de plagio o de atracción. Los cristianos llegaron en breve a ser populares únicamente por la razón de que el pueblo ama cuanto le fascina; si bajo una apariencia temblorosa y sudando con la angustia de la fiebre hubiese creído ver flaqueza y miedo habría silbado, no hay que dudarlo, y el cristianismo habría concluido en el tercer acto de la tragicomedia.

“Si propongo medio semejante es sólo por principio de humanidad política. En caso de haber muerto Targhini y Montanari como hombres cobardes y para poco, lo cual podía obtenerse con cualquiera ingrediente farmacéutico, uno y otro serían ahora unos miserables asesinos que ni siquiera se atrevieron a mirar la muerte cara a cara; el público los habría despreciado y mañana ni siquiera se acordaría de ellos. Pero en vez de ser así, sucede ahora que a pesar suyo admira una muerte en la que, si bien es cierto que ha entrado por mitad una falsa arrogancia, no lo es menos que la imprevisión del gobierno pontificio ha hecho lo demás en beneficio nuestro. Por estos motivos quisiera que quedase decidido entre nosotros no seguir tal conducta en caso de urgencia: no consintamos jamás en que la muerte en el patíbulo sea gloriosa y santa, arrogante y atractiva, y disminuirán las ocasiones en que habremos de apelar a ella.”

El antecesor de Pío IX

Si tuviéramos que escoger entre una de las dos expresiones tan corrientes: "seguir el curso de la historia" o "seguir el hilo de la historia", emplearíamos sin duda la primera para referirnos a un estudio histórico en general, pero sería mejor emplear la segunda para indicar un estudio histórico referido a una acción o causa determinada.

Pues bien, siguiendo el plan específico que CRISTIANIDAD se trazó para este año, estudiamos con mayor detención la historia del siglo XIX, no de un modo expositivo, sino siguiendo el hilo de la lucha entre las corrientes liberales que iban dominando en toda Europa y las fuerzas cristianas agrupadas en torno a la figura del Papa.

Claro está que el seguir uno de estos hilos de la Historia es algo más complicado de lo que cabría entender en la figura. Más que hilo es a veces troca y no exenta de nudos lo que procede desenmarañar. Y como en todas las cosas, hay periodos de mayor o menor dificultad. Ellos nos servirán para subdividir la época que estudiamos y cada período vendrá naturalmente señalado por algunos hechos de mayor relieve que nos orientarán en los cambios de rumbo.

Sirva esta serie de lugares comunes para justificar el título "El antecesor de Pío IX" en unos pasajes de la historia del Papa Gregorio XVI. En efecto, Pío IX, en la lucha que hemos señalado como objeto de nuestra atención, representa uno de estos hitos cruciales, un momento en que sobreviene la crisis y es fácil llegar a desorientarse. Ello se evitará siguiendo el hilo de los sucesos desde un tiempo lo suficientemente retrasado para familiarizarnos con su desarrollo.

Es por esto que para comprender a Pío IX se precisa estudiar a Gregorio XVI, y que éste ganará en interés llevando los problemas de su difícil reinado a las últimas consecuencias acaecidas en el reinado de su sucesor.

Tomemos como campo de acción el gobierno de los Estados Pontificios y seguiremos en esta exposición el relato que nos dejó Cretineau Joly en su obra "L'Eglise Romaine en face de la Révolution", de que hablamos en el número 45 de CRISTIANIDAD.

La aclamación de Gregorio XVI—2 de febrero de 1831—como Papa la realizó el Conclave en momentos de máxima angustia, cuando había ya sonado la hora de la insurrección en las ciudades de las tres Legaciones y cuando bajo el apoyo inconfesable de ciertas Potencias extranjeras las sociedades secretas tramaban la marcha sobre la Ciudad Eterna. Apenas elegido Papa, hubo ya de dar muestras de valor para hacer frente a estas amenazas, que pronto se convirtieron en realidad, iniciándose el levantamiento en la misma Roma y alcanzando la turbulencia a una parte de su burguesía. El cardenal Bernetti, que investido de plenos poderes marchaba a sofocar la rebelión, cuyo cuartel general radicaba en Bolonia, ante la inminencia y gravedad del peligro, fué nombrado Secretario de Estado y se aprestó a la lucha contra las Sociedades Secretas en la misma capital del mundo cristiano.

Inmediatamente vió de dónde procedía el malestar y cómo bajo pretexto de las fiestas de carnaval una plaga de extranjeros de todas clases había invadido la ciudad. Contra la falsa y extendida creencia de que la Santa Sede desconfiaba del pueblo, el 12 de febrero formó Bernetti una guardia cívica, ante cuya fidelidad al nuevo Pontífice y a su ministro las sectas se batieron en retirada, dedicando su péfida aten-

ción al Patrimonio Pontificio al no poder de momento con la capital. Entonces, con ayuda de Austria, el ejército Pontificio y pueblo desbarataron rápidamente la insurrección.

Pero, es el momento en que Europa entera tiembla ante la Revolución no osando ni combatirla ni afrontarla; a lo más, se atreve en medio del pánico, a ofrecerle el Patrimonio Pontificio como botín. La Revolución anuncia que va a acabar con la Iglesia, y es ésta la ocasión que escoge Europa para pedir a la Santa Sede unas reformas que el carbonarismo ha proclamado como de indispensable necesidad.

Austria, lo mismo que Francia, son del parecer de que el Papa ante la inminencia del peligro puede prestarse a unas concesiones inofensivas para hacer callar a los oradores y periódicos, voceros de las Sociedades Secretas; mas aquí se manifiesta la ingerencia inglesa. Ante el anuncio de una conferencia en Roma de parte de las Potencias católicas, para elaborar un proyecto de reformas, Francia, bajo pretexto de contrarrestar la influencia austríaca, pide la participación de un ministro británico—de hecho impuesto por Inglaterra—que ni siquiera tendrá cartas credenciales para la Santa Sede. Austria, a su vez, usando de igual privilegio, llama a los plenipotenciarios de Rusia y Prusia.

La Conferencia se inauguró en abril de 1831. La formaban: el conde de Lutzow, por Austria; el príncipe Gagarin, por Rusia; el conde de Saint-Aulaire, por Francia; M. de Bunsen, por Prusia, y Mr. Broock Taylor, por Inglaterra, reemplazado en breve por Sir Hamilton Seymour. El marqués de Croza, enviado de Cerdeña, fué admitido con derecho a consulta.

Excepto los representantes de Inglaterra, los demás, eran más bien favorables a la Santa Sede, pero representando unas Potencias deseosas de complacer a la Europa revolucionaria con la idea de reformas a exigir del Rey Pontífice, creyeron poder saltar a pie juntillas el fatal foso de 1830. Inglaterra hizo mejor cálculo y no vió en esta conferencia fortuita más que un medio para tomar bajo su patronato todas las insurrecciones.

Exagerando de una parte las quejas formuladas al Papa sobre su gobierno, divulgando de otra entre las masas, tan pronto que la Santa Sede había cedido, tan pronto que estaba obstinada en rehusar, sembraron la desafección, mantuvieron el espíritu de revuelta, y poco a poco llegaron a una situación insostenible.

Ultrajante en sus principios, impolítica en sus resultados, condenada de antemano a una obra caduca, la conferencia depositó en el patrimonio de San Pedro un germen de perpetua discordia y una simiente de revuelta interna.

La primera cuestión suscitada fué la de la amnistía. El Papa casi fué obligado a conceder un perdón preventivo que garantizaba a los rebeldes para toda tentativa de futura insurrección. Esto, después que los mismos embajadores conde de Saint-Aulaire y príncipe Gagarin no ocultaban a sus Gobiernos, refiriéndose al cardenal Bernetti, "que un día su extremada moderación sería perjudicial al Pontificado".

Otras muchas reformas fueron discutidas, pero ante las divergencias de opinión se convino que, por su calidad de arqueólogo, M. de Bunsen mejor que cualquier otro, debía conocer los medios de mejorar la suerte de la población romana, y a él encargó la Conferencia la redacción del *Memorandum*, como se llamó al documento diplomático firmado el 21 de mayo de 1831.

Juzgado a distancia, analizando su conjunto y sus detalles, parece más bien una concesión ambigua a las exigencias de los tiempos que un plan de mejoras razonables y prácticas. Evidentemente, no era la felicidad de los romanos lo que preocupaba a Europa en este asunto. Europa, que sólo con unas lágrimas furtivas se había enternecido por los desastres de Polonia, nunca hubiera pensado en dar a tres millones de italianos este testimonio de interés oficial, a no ser Roma el centro de la Cristiandad. El régimen eclesiástico, el gobierno espiritual y temporal, los asuntos interiores de la Santa Sede, eran objeto de una acusación determinada, y Europa, que hubiera debido defender el principio de autoridad, se complacía disminuyéndolo en la persona de su más paternal y legítimo representante. Europa se asociaba con los carbonarios, y tomando el papel de árbitro obsequioso con los rebeldes y de juez inflexible contra el Papa alteraba de un plumazo las condiciones de la Roma cristiana.

Gregorio XVI, abandonado de los que debían socorrerle, resolvió salvarse por su cuenta. El cardenal Bernetti aceptó el ir traduciendo en leyes, de acuerdo con las circunstancias y las conveniencias pontificias, cuanto hubiera de realizarse en el *Memorandum*. En definitiva, no era comprometerse a gran cosa. Ya durante la conferencia, a los diplomáticos que le consultaban, les respondía: "Emitid vuestras ideas, proponed un plan y una vez expuesto, Su Santidad lo estudiará." El plan, en resumen, exponía: 1.º Aplicación de las mejoras no tan sólo en las provincias en que estalló la Revolución, sino también en las que se mantuvieron fieles y en la capital. 2.º Admisión general de los laicos para las funciones administrativas y judiciales. Propugnaba también por el restablecimiento y organización general de los Ayuntamientos elegidos por el pueblo y de las franquicias municipales. Organización de Consejos provinciales; de un Tribunal Supremo de Cuentas en la capital con una Junta Superior administrativa y un Consejo de Estado.

Roma ha sufrido tantas veces los embates de las revoluciones que desde el punto de vista católico ya de nada se extraña ni asusta. Los diplomáticos se preocupaban por esta obstinación, e incluso se dignaban alarmarse por sus consecuencias. Bernetti les tranquilizó demostrándoles "que la Santa Sede tiene derecho a la garantía de los Estados, pero esta Sede romana tan débil en apariencia, nunca consentirá en sancionar unas reformas que le fueren dictadas imperiosamente y a plazo fijo. Se reserva su libertad de acción y entera independencia. Por otra parte, desde hace tiempo, ha demostrado con su conducta el interés que pone en buscar y realizar cuantas mejoras son deseables, compatibles con la seguridad pública".

Así, la Iglesia Romana conservaba la plenitud de su poder cara a cara con la Revolución, que se esforzaba en debilitarla imponiéndole condiciones. A su tiempo, había concedido más de lo estipulado en las cláusulas nebulosas del *Memorandum*; únicamente el Papa había rechazado el principio de la elección popular y la institución de un Consejo de Estado laico cerca del Sacro Colegio o más bien en continua oposición con él.

Oficialmente, la Conferencia fué disuelta en julio de 1831; no obstante, sus miembros continuaron en la Capital del mundo cristiano, como prenda de su buena voluntad hacia la Revolución. En 1832, el príncipe Gagarin propuso transferir la sede de la Conferencia a Viena, cuando de nuevo

estalló la Revolución en las Legaciones y a continuación la Francia orleanista, sintiéndose corsaria, desembarcó por sorpresa en el puerto de Ancona.

El cardenal Bernetti no pudo menos de exclamar en presencia de todos los embajadores: "¡No! ¡Después de los sarracenos, nunca se había intentado algo parecido contra el Papa!".

Más tarde, en septiembre del mismo año, 1832, el representante de la Gran Bretaña, Sir Hamilton Seymour, abandonó Roma trasladándose a Florencia y envió, siguiendo órdenes de su Gobierno, a los demás embajadores, una requisitoria contra el Papado. Este fué el verdadero "Memorandum" de la Revolución; termina—como nuevo Pilatos—con las siguientes reservas, muy al uso del Gabinete de San Jaime:

"El Gobierno inglés prevé que de perseverar en la actual marcha nuevos disturbios de naturaleza más peligrosa estallarán en los Estados romanos y cuyas múltiples consecuencias pueden a la larga ser un peligro para la paz europea. Si, por desgracia, se realizan tales previsiones, Inglaterra al menos, estará limpia de responsabilidad en las desgracias que acaecerán por la resistencia a los insistentes y ponderados consejos emitidos por el Gabinete inglés."

Tal fué el coronamiento de la Conferencia. Desde entonces la Revolución tuvo su hogar en Roma y en el Patrimonio de San Pedro. El fuego, fué mantenido en rescoldo por las Sociedades Secretas siempre en movimiento, y por la Venta Suprema, que empleando distintos medios iban al mismo fin. No faltaron tampoco entre el clero y la nobleza romana quienes, dejándose influir por las teorías en boga que acariciaban su vanidad, y no creyendo defender más que la independencia y unidad italianas, cooperaban a derribar las columnas del templo.

Así podríamos seguir, paso a paso, los avances de la Revolución. Nueva ofensiva contra el cardenal Bernetti que hubo de dimitir en 1836 acusado por el príncipe de Metternich, de sentimientos favorables a Francia, al mismo tiempo que Luis Felipe creía ver en él una hostilidad latente hacia su dinastía y persona. Fué substituído por el no menos digno cardenal Luis Lambruschini. Con un espíritu de Justicia firmemente arraigado el nuevo ministro pensó que después de tantos ejemplos inútiles de clemencia convenía dejar a las severidades de la ley una iniciativa que Bernetti sólo se había limitado a anunciar contra la Revolución. Estas severidades de ningún modo agravaron el mal; únicamente le sirvieron de pretexto.

En los últimos tiempos de Gregorio XVI una de las formas que deseaban utilizar las Sectas para su propaganda, fueron los llamados Congresos científicos. El Papa, sin dejarse dominar por halagos interesados se opuso con firmeza inquebrantable a que se celebraran en Roma unas reuniones equívocas que más tarde fueron desenmascaradas por los mismos revolucionarios.

Finalmente, en enero de 1846, falleció este gran Pontífice. Tuvo por principio que hacer bien a los malos es hacer mal a los buenos, y a través de su Pontificado y de la lucha implacable que contra él suscitaron las Sectas y sostuvieron los revolucionarios más o menos inconscientes, de fuera y de dentro de Italia, es como cabe enjuiciar los hechos acaecidos en el reinado de su sucesor Pío IX, que representan, como dijimos al principio, uno de los momentos cruciales en la lucha secular de la Anti-Iglesia contra la Cristiandad.

J. M.^a Miralles.

La Pascua en Polonia

En primer lugar debo advertir a ustedes, que a pesar de mi buena voluntad quizás pondré a prueba su paciencia. Mi español es todavía muy joven—tiene solamente año y medio—balbucea apenas lo que yo quisiera hacerle decir en frases matizadas. Además, en Cataluña y por añadidura en Montserrat, es absolutamente imposible dejar de aprender, siquiera por azar, el catalán. No puedo, por lo tanto, garantizarles que no engarce de cuando en cuando alguna palabra catalana que me parecerá más adecuada. En resumen, cuento con la indulgencia de todos ustedes..

Mi propósito es hablarles de la Pascua, en Polonia. Hay en nuestro país ciertas costumbres que no existen en ningún otro lugar, retoños caprichosos en el gran tronco de la liturgia clásica, llenos de gracia primaveral y de irresistible juventud. Nada refleja mejor el alma de un pueblo que su vida religiosa. ¿Debo confesarlo? Mi única ambición es hacerles conocer mejor mi país y hacer que lo amen... No tenemos muchos amigos hoy por hoy. Razón de más para alegrarnos del bello descubrimiento que han hecho algunos de entre nosotros. Por encima de una Europa atormentada, España católica manda a su hermana lejana un mensaje de amor y de paz. La España católica está descubriendo a Polonia como nosotros mismos la hemos descubierto. ¿Es que la atalaya del Oriente, que desde siglos monta guardia ante las puertas abiertas de Asia y la ciudadela de Occidente que ha llevado la cruz a un Nuevo Mundo, no están llamadas a comprenderse? ¿Podrán mis pobres esfuerzos contribuir a ello!

Quien siga atentamente nuestra historia se le aparece como un tejido maravilloso de hechos que escapan a las leyes deterministas. ¡Cuántos "diluvijs" debieran de haberlos engullido! ¡Cuántas oleadas amarillas, rojas y otras han estado a punto de borrarlos de la superficie de la tierra! Desgarrada, martirizada, anegada en un mar de fuego y sangre, Polonia desde siempre, se obstina en renacer, en triunfar, y son sus mismos verdugos los que perecen. Para un polaco, nada más consolador, en la hora presente, que la historia dolorosa y gloriosa de su país. ¡Si damos fe de la cruz, daremos también fe de la resurrección! Sólo las perspectivas cristianas aclaran y explican el destino misterioso de este pueblo, siempre oprimido, pero jamás vencido. *La Pascua nos explica a nosotros mismos*; desde siempre, pero especialmente durante este último siglo, la poesía polaca, las artes plásticas, la filosofía y el folklore han tratado de desembrollar el sentido de estas crueles pruebas. El genial Wyspianski, pintor-poeta, en quien no se sabe cuál de ambos caracteres prevalece, ha resumido su doctrina en cuatro palabras lapidarias, intraducibles: *Umierać musi, co ma żyć. Para vivir hay que morir*; palabras que corren parejas con el famoso texto que canta la fecundidad del grano que muere...

Esbozo apenas este tema, convertido de nuevo en actualidad palpitante, para demostrarles que la Pascua para nosotros, además de una fiesta religiosa es en alguna manera una fiesta nacional. Nuestro Viernes Santo da garantía del triunfo pascual.

Las persecuciones religiosas van siempre a la par con la opresión del espíritu nacional. Arrostramos el peligro sin vacilar; nada está perdido mientras un pueblo permanece fiel a su alma. Nuestros peores enemigos, son aquellos de entre nosotros, por fortuna raros, que han abandonado o

traicionado la fe de sus padres: son los únicos que desesperan del porvenir y de la resurrección de la Patria.

Antes de continuar debo advertir a ustedes que trataré de evocar ante sus ojos mis recuerdos de infancia y las costumbres vistas y vividas en aquella parte de Polonia que es mi "pequeña patria", provincia fronteriza del extremo Este donde la meseta podoliana se transforma imperceptiblemente en la inmensa llanura ucraniana, país rico y fértil, graciosamente otorgado a Rusia durante la reciente Conferencia de Yalta y que ahora mismo están "limpiando" de su población polaca (habían deportado ya en 39-40 más de un millón y medio). Sin embargo, a pesar de algunas particularidades locales, la mayoría de estas costumbres son comunes a toda la Polonia. Quizás la sola diferencia, será que nosotros, gente del Este, perseguidos desde siglos, siempre alerta, expuestos a bárbaras invasiones, acostumbrados a vivir en peligro, que hemos bañado con sangre cada surco de esa tierra, estamos ligados a tales tradiciones con un fervor indecible.

Entre la fiesta litúrgica de Pascua y el profundo simbolismo de la Naturaleza hay en Polonia—y en los países del Norte—un enlace mucho más íntimo que en los países de eterna primavera, como España e Italia. La tierra en nuestro país renace como por milagro—milagro que se repite todos los años—en el mismo momento en que la Iglesia canta el misterio de la Resurrección.

Pues bien, imaginen nuestro mes de marzo o principios de abril, época que coincide con la Pascua. Llanuras inmensas cubiertas de un blanco lienzo. Toda una gama de colores a la puesta del sol sumerge en éxtasis a pintores y poetas. La nieve es dura y compacta, de un metro o más de espesor. Los ríos se hallan prisioneros bajo sus corazas de hielo. En la lejanía tintinean los cascabeles de los trineos siguiendo las pistas invernales que no corresponden en absoluto a las carreteras trazadas. ¿Para qué van a servir los puentes si se puede cruzar un río en cualquier lugar donde el declive no sea demasiado abrupto? La vida parece apagada. Solamente altos abetos blanqueados de escarcha y coronados de carámbanos se atreven a afrontar a la inclemente estación. Casi todos los pájaros se han marchado. Sólo bandadas de cuervos famélicos surcan un cielo color de plomo. Durante los inviernos largos y duros los lobos se aproximan hasta los pueblos—no es raro que causen destrozos entre el ganado y hasta entre los hombres—. En mi infancia me habían hablado de un niño del pueblo que fué devorado por un lobo en la cuna, mientras su madre, no lejos de él, ordeñaba las vacas. Algunas veces era tanta la nieve que las comunicaciones se interrumpían, no teníamos entonces ni cartero ni noticia alguna durante muchos días. Para comprender lo que es una tempestad de nieve, hay que haberla visto y oído. ¡Desgraciado el que se arriesga con un tiempo semejante fuera de su casa! Envuelto por los torbellinos de nieve, dará vueltas y más vueltas, hasta que, extenuado, se dormirá bajo el blanco lienzo. No, realmente el invierno en nuestro país no es un idilio, sino por el contrario un símbolo grandioso de la muerte. Pero, luego en el mes de marzo llega un día, y en este día un momento en que, de repente se produce el milagro. Un vientecillo cálido y súbito cruza el aire glacial y toda la tierra bajo su blanco manto se estremece. Es como un relámpago, pero los entendidos

comprenden. El invierno, ese gran señor implacable hállase frente a otro más fuerte que él. La vida triunfal recobra sus derechos y toda la naturaleza, al igual que la Bella Durmiente del Bosque, se despierta bajo el beso del joven Recién Llegado. La nieve se funde y desaparece en un gran murmullo de riachuelos innumerables. En los campos liberados aparece —¡oh maravilla!— una capa ondeante de verde tierno, el trigo que pacientemente, durante meses había esperado su hora. Florecillas blancas empiezan a salir en plena nieve. La alondra entona el cántico de primavera. Los niños, ajetreados, exploran todas las fases de la alegre invasión. Cada día aporta alguna novedad. Hoy, son las golondrinas que están de vuelta. Mañana será el turno de las cigüeñas, las amigas del campesino, por él invitadas a anidar sobre sus cabañas poniéndoles una vieja rueda. El paisaje se transforma como bajo el golpe de una varita mágica. Toda la tierra verdea, florece, se regocija, canta y se ofrece apasionadamente a las caricias del Sol Triunfador.

Y justamente en este momento celebra la Iglesia la muerte y la resurrección de Cristo Salvador. ¿Puede uno imaginarse para este misterio un marco más grandioso que el de la naturaleza resucitando de su sueño invernal?

Sueño, pero no muerte, a pesar de las lúgubres apariencias. Bajo la nieve y el hielo la vida no ha cesado de continuar su obra. El grano sembrado en otoño ha germinado y he aquí que emerge de los campos verdinos. Durante su largo recogimiento invernal los árboles han hecho provisión de savia, su corteza cruje bajo el empuje irresistible de los verdes retoños... ¿Cómo quieren hacer creer a un campesino —y en cierto modo todos somos campesinos, profundamente enraizados en la tierra— que la muerte es un fin, cuando él sabe por experiencia que sólo es una prenda de renovación? ¿No experimenta todos los años la verdad de la parábola del grano que muere?

Justamente por este motivo nuestro campesino pone toda su alma en el bello y tradicional saludo usual en tiempo de Pascua: "Cristo ha resucitado". La respuesta brota espontáneamente de los labios: "Aleluya". Si uno se olvida de saludar en esta forma, si decís sencillamente: "Buenos días", os contestará cortésmente, pero estad ciertos que en su fuero interno pensará: "Mira, un judío o un descreído".

Domingo de Ramos... Se preguntan ustedes sin duda, ¿dónde encuentran palmas en este país tan frío? Ciertamente no las hay sino en los invernaderos. Pero hay algo mejor que eso. Imaginad ramas de sauce, rojas como la sangre y cubiertas de copos afelpados color opalino. ¡Las primicias de la primavera! Muchachos ágiles fueron, el sábado, a la conquista de tales ramas y han traído brazadas de ellas. En la procesión diríase que por encima de las cabezas hay un pabellón de mariposas reverberantes. ¡Excúsenme esta confesión! A un polaco, en el día de Ramos, la palma clásica le parece por completo desplazada y siente una verdadera nostalgia de su sauce... No prueben de convencerle, ya que está dispuesto a jurar, que en Jerusalén los discípulos de Cristo enarbolaban como él ramillas aterciopeladas...

La Semana Santa está dedicada a una doble labor: a los preparativos espirituales y a los preparativos materiales para la fiesta que se aproxima. Los dos trabajos se enlazan estrechamente. ¿Cómo sería posible separar el cuerpo del alma o el alma del cuerpo? La sencilla sabiduría del pueblo se esfuerza en espiritualizar el mundo material poblándolo de símbolos.

Naturalmente "Dios es el primer servido". Por nada del mundo abandonarían un polaco los oficios en la Iglesia, la Misa y las Tinieblas. La ingénua piedad del pueblo más bien añade. ¿Cuál de entre nosotros no recuerda con emoción los "Gorzkiezale" los "Amargos Lamentos", cantados durante la cuaresma por una muchedumbre posternada y recogida? Son cantilenas interminables donde se desahoga el

alma del pueblo herida de compasión por Cristo crucificado. Todos los domingos se reúne la gente en la iglesia una hora larga antes de la misa para cantar estos lamentos. Los hombres a un lado de la nave, las mujeres al otro cantan con voces alternadas. Ningún sacerdote preside, es un "anciano" quien entona... Y aunque no están vigilados el pueblo se comporta en la iglesia como si estuviera en presencia de un gran rey.

Voy a hablarles de costumbres que sólo existen en mi país. En primer lugar voy a contarles una bonita y vieja costumbre desconocida fuera de Polonia y que se llama "el Santo Sepulcro".

En España, al igual que en Francia, como en todas partes (excepto en mi patria, durante la Misa de Presentificados, el Viernes Santo, las santas especies reservadas desde la víspera en el Monumento, son consumidas por el sacerdote oficiante y el tabernáculo permanece vacío en señal de luto. Por el contrario, allí no es así. Desde tiempo inmemorial —si no es desde el advenimiento del Cristianismo—, se ha implantado una emocionante costumbre y, digámoslo francamente, poco litúrgica que caracteriza de una manera admirable el alma de nuestro pueblo. Cuando los sacerdotes intentaron dejar el tabernáculo vacío, según el uso general, el pueblo declaró rotundamente que no lo permitiría. ¿Cómo vamos a permanecer sin "el Señor Jesús" como en mi tierra decimos, en el día más santo del año? No, y mil veces no. Y cuando un polaco dice no, no hay absolutamente nada que hacer. Los entendidos en liturgia quedaron perplejos. ¿Cómo hermanar las exigencias populares con los ritos habituales? El caso se estudió. Fué sometido a las autoridades. La Santa Sede otorgó privilegios. He aquí lo que se hizo, lo que se practica en todas las iglesias de Polonia desde hace más de 600 años. El Jueves Santo se reserva en el Monumento *dos* hostias. Una para la misa de Presentificados, otra para ser expuesta en el Santo Sepulcro. La sola diferencia entre esta exposición y la habitual consiste en que la custodia está recubierta de un bonito velo transparente en señal de luto. Una amiga francesa que fué a verme durante la Semana Santa exclamó extasiada ¡Oh que bien está Nuestro Señor *con su velo de desposada!*

El Monumento del Jueves Santo no tiene nada de particular. Como en España, el tabernáculo está escondido bajo un derroche de flores. Cada feligrés considera que es un deber el contribuir. Reparen ustedes que son flores de invernadero, la mayoría tulipanes, narcisos que exhalan un dulce perfume, nardos, camelias, violetas y ciclámenes. No se regatea con Dios y las flores no faltan nunca.

Pero lo que yo quisiera evocar ante vuestros ojos es el Santo Sepulcro. Tal como lo indica el nombre, una de las capillas de la iglesia, a veces el mismo altar mayor, está arreglado a manera de tumba, según nos lo describe el evangelio, o acaso mejor, según lo imagina el pueblo. Debo confesar que algunas veces los resultados son bastante lamentables. Por querer hacerlo demasiado bien, esta buena gente pierde la idea del conjunto, de la composición y del estilo. La piedad más ardiente no es siempre una garantía de buen gusto. Si se les deja hacer, las buenas mujeres acumulan piadosos detalles, que no hay duda, atestiguan su fervor, pero pecan injuriosamente contra la armonía. En general, en los pueblos se echa de menos la sobriedad tan apreciada por los artistas. Gracias a Dios, los felices resultados y hasta verdaderos éxitos tampoco son raros. Sacerdotes inteligentes recaban la ayuda de jóvenes artistas que frenan las exuberantes iniciativas de las buenas devotas. En Varsovia, algunas iglesias se convierten en un verdadero regalo para los ojos. Imaginad, por ejemplo, en la iglesia de todos los Santos —destruida al igual que todas las otras—, en medio de un verdadero bosque de flores toda belleza, un concierto interrumpido de pájaros. Todo el fondo de la capilla estaba

adornado de jaulas, dispuestas con gracia, que unas buenas viejecitas habían ofrecido en este día para "consolar a la Virgen en su gran pena", como dice un canto piadoso. Eran pájaros tropicales, cantores de mérito, que llenaban el santuario con su delicado gorjeo. Pero la que sobresalía entre todas era la iglesia de Santa Ana, donde jóvenes estudiantes de Bellas Artes podían disponerlo todo a su gusto. El resultado eran verdaderas obras de arte, demasiado efímeras, y que daba pena verlas desaparecer al cabo de tres días.

Huelga decir que en Polonia no se vela solamente durante la noche del Jueves al Viernes Santo, sino también las dos noches siguientes. ¿Concede Dios gracias especiales a aquella buena gente? El hecho es que noche y día las iglesias estaban atestadas de fieles. Conozco algunas personas que velaban dos noches consecutivas —y que no dormían durante el día—. Otros procuraban arreglarse de tal manera que pudieran por lo menos velar algunas horas todas las noches. Otros, más atareados, iban a pasar siquiera algunos instantes. Una nota característica: eran los hombres los que monopolizaban las noches y ocupaban los primeros lugares. Tácitamente se convino en que el día estaría reservado al sexo débil. Los soldados con permiso montaban guardia delante del Sepulcro, impecables. Al pasar había que ir con mucho tiento para no tropezar con un cuerpo extendido e inmóvil. Especialmente en los pueblos, los campesinos rezaban a menudo postrados. Las velas nocturnas, las velas de armas son en mi país cosa corriente, sobre todo en mi región del Oriente. Nuestros antepasados se preparaban para la batalla pasando la noche en la iglesia, prosternados, los brazos en cruz y a veces con la armadura completa. Las más destacadas e inverosímiles victorias, aquellas en que habían osado afrontar a un enemigo cinco y hasta diez veces superior, iban precedidas siempre por grandes citas nocturnas con el Dios de los ejércitos. Antes de la gran victoria de Chocim sobre los turcos cinco veces más numerosos, Sobieski —todavía no elegido rey— pasó la noche solo, en su capilla de campo. Las crónicas nos narran su larga vigilia antes del rescate triunfal de Viena, que relató al Papa con estas cuatro palabras: *veni, vidi, Deus vicit*.

El pueblo, nuestro pueblo tiene un tal sentido de las cosas que no cede ante las más sutiles argucias. Y por añadidura es testarudo. Se le dice que debe celebrar el Sábado Santo, por la mañana, la fiesta de la Resurrección. Os contesta poniendo su grueso dedo sobre el texto correspondiente, que desea tomar parte en todos los oficios, pero que no cantará "aleluya", pues, escrito está, dice, que Nuestro Señor resucitó durante la noche del sábado al domingo, no antes. Y, cuando nuestro pueblo quiere algo, lo quiere de verdad, y nada le hará desferrarse. Asistimos, pues, en Polonia, a esta anomalía: el Sábado Santo por la mañana tienen lugar todos los oficios litúrgicos habituales; pero la custodia velada permanece todavía en el Santo Sepulcro. Sólo cuando ya es noche cerrada, o bien el Domingo al amanecer, el sacerdote la sacará triunfalmente para llevarla en procesión, en medio de una gran muchedumbre, por la iglesia o fuera de ella, según la costumbre. Entonces y solamente entonces canta el pueblo a boca llena el aleluya pascual: ¡Cristo ha abandonado el Sepulcro! Esta piadosa ceremonia, a la que ningún verdadero polaco dejaría de asistir por nada del mundo, se llama "Rezurekcja": Resurrección. A veces me pregunto: ¿no representará esto una ingenua pero tenaz reclamación de una práctica desde largo tiempo abandonada, que consistía en celebrar los oficios del Sábado Santo durante la noche? Y yo me pregunto, si a unos y otros nos asiste una parte de razón, aquellos que por motivos altamente razonables han transferido al sábado santo el primer aleluya, y a aquellos que se obstinan en cantarlo durante la "gran noche" como se llama la Pascua en Polonia: "*Wielka Noc*".

Invito a ustedes a entrar en una casa de mi país. Es

cuaresma. El ayuno es riguroso. En mi infancia me enseñaban un cinturón de cuero del abuelo que todos los años, durante el ayuno cuaresmal, estrechábase de tres agujeros. La penitencia cuaresmal era cosa formal e indiscutible; únicamente los enfermos solicitaban una dispensa. Las mujeres se entregaban con ardor a obras de misericordia. Los pobres no lo ignoraban y todos los días pasaban verdaderas procesiones de mendigos, ninguno de los cuales se iba con las manos vacías. El Jueves Santo, en ciertas casas patriarcales, eran invitados doce mendigos a los cuales el dueño de la casa lavaba los pies en conmemoración del mandato evangélico. ¿Debo confesarlo? A pesar de la prohibición terminante del abuelo, la abuelita más práctica, conducía aquella buena gente al "office" para así poderles someter a ciertas previas abluciones indispensables. Lo más gracioso era que el abuelo nunca se había percatado de ello.

El Viernes Santo se ayunaba a pan y agua. Mi abuela, muy delicada de salud, comía en este día cinco pasas, cinco almendras y cinco dátiles "en honor a las cinco llagas del Señor".

Esta vida ascética reclamaba un fuerte desquite... Para el personal de la cocina la Semana Santa era un tiempo de duro trabajo y de penitencia superabundante. Quien no lo haya visto no puede imaginarse lo que pasaba en esta región reservada de la casa, donde día y noche hierven, asan y cuecen a fuego lento los manjares más suculentos y misteriosos. ¿Hago bien en confesar una flaqueza de mi madre? Guardaba celosamente ciertas recetas culinarias, legadas por las abuelas. Únicamente una ama de llaves (klucznic) de toda confianza compartía el secreto y conocía las sabias proporciones de ciertas tortas y de ciertos pasteles. Algunas vecinas se morían de curiosidad. Un día hubo un escándalo jamás oído. El cochero de X quiso sobornar a la doncella de mi madre para obtener la fórmula de cierto pan de especia extraordinario. Fué desenmascarado, despedido y no reapareció más.

Pero desgraciadamente mis nociones culinarias son demasiado reducidas para que pueda hacerles un inventario de todas esas maravillas que se fabricaban en estos días, en compensación del ayuno cuaresmal. El personal de la cocina se hallaba fuera de quicio. El *chef* no cesaba de echar maldiciones y de tirar las orejas a los pobres pinches que no sabían lo que se hacían. Las cocineras enloquecidas corrían de acá para allá sin que se pudiera dar razón del porqué de tan complicadas evoluciones. El ama de llaves se paseaba oronda, con su grueso libro de recetas y unos lentes que sin cesar le caían al suelo. Existía un día especial, en que toda la casa se estremecía de emoción: el día de los famosos "Baby" y "Dziady". Los polacos del Oeste ignoran estas proezas culinarias. En ningún lugar fuera de mi país he visto cosa que pueda asemejarsele. El caso es que innumerables ingredientes se requirieron para el buen éxito de esta obra de arte. Se pesan las proporciones en una balanza de boticario. Algunos gramos de más o de menos, y todo echado a perder. En cuanto puedo yo acordarme, todo el problema estribaba en hacer subir la pasta. Pero algunas veces la pasta no quería subir... El ama de llaves tenía entonces un ataque de nervios. Los pinches—las orejas más rojas que de ordinario—. Mi nodriza encendía un cirio ante la imagen de San Cristóbal, patrón de las causas desesperadas... Por fin estallaba la noticia triunfal: ¡la pasta sube! Todo el mundo respiraba... No hay duda que este pastel debía ser muy complicado puesto que en casa teníamos y tolerábamos y solamente para este fin a una terrible mujer gorda y bigotuda, de carácter infernal que bebía, fumaba y amedrentaba a todo el mundo, incluso a mi madre, pero que tenía "manos de plata" para la tan famosa pasta. ¡Lástima que no pueda yo enseñarla a ustedes! Puesto que describirla es imposible... Ignoro los innumerables ingredientes. ¡Sé solamente que,

entre otras cosas ponían azafrán! Había también otro pastel de Pascua más conocido en el Oeste y que se llama "mazurki" como las "Mazurki" de Chopén. Eran verdaderos poemas culinarios, variados hasta lo infinito.

El Jueves Santo todo debía estar dispuesto a fin de que la servidumbre pudiera asistir a los Oficios. Y el Sábado Santo, al mediodía, tenía lugar una ceremonia emocionante. En el comedor una mesa larguísima estaba repleta de todo lo que el esfuerzo conjunto de los entendidos había producido durante la semana. Literalmente se hundía bajo montañas de carne asada, jamones y pasteles. En el lugar de honor había un corderito en azúcar y una fuente llena de huevos duros pintados de diferentes colores: los célebres "pisanki". La juventud femenina de la casa dotada de algún talento se había aplicado durante estos últimos días a adornar las blancas cáscaras de finos arabescos. Los escasos intersticios llénanse de boj y de flores. Todo listo, el señor cura puede venir. Héle aquí, ya llega, gordo, sin aliento, en sobrepelliz, con su sacristán provisto de agua bendita y enarbolando un inmenso hisopo. Todo el mundo se arrodilla, y el sacerdote lee en alta voz, en su ritual romano; en primer lugar la bendición especial para los huevos, luego otra para el resto de los comestibles. La gente se levanta, se pasa al salón, se charla. Todos los niños reciben una bonita estampa. Pero, ¡Dios nos libre de comer! Cristo está todavía en el Sepulcro.

Estos días de la semana constituían un verdadero paraíso para los niños. Nula o casi nula la vigilancia. Se hacía más o menos lo que se quería. Debo confesar tapándome la cara que mi mayor empeño consistía en penetrar en la plaza fortificada de la cocina y robar, en las propias barbas del chef, algunos dátiles o almendras. Esto, no para comerlo, sino por puro deporte. Cada uno de nosotros tenía su mesita junto a la mayor con su "swiecone" es decir, "comida bendecida"

para las muñecas: bartolillos minúsculos, huevecillos de chocolate. El sacerdote debía dar un hisopazo *extra* para cada uno.

Debo terminar con una confesión: si durante la cuaresma se había ayunado rigurosamente, durante la semana pascual se llevaban a cabo sólidos desquites y se llenaban concienzudamente las brechas. Un tío mío, gran comilón y gran bebedor, me explicaba que haciéndolo así obedecía a la Iglesia, que dice bien claramente "epuiemur", es decir, "banqueteemos". Las obras de arte culinarias desaparecían como por encanto. Se comía, bebía y cantaba. Juntad a tres polacos y al cabo de una hora les oírán cantar a tres voces (porque son demasiado individualistas para cantar al unísono).

El lunes de Pascua había que precaverse. Vienen a daros los buenos días anegándoos en agua. Esta vieja costumbre data del tiempo, en que durante la Pascua se bautizaba a los adultos. Todo el día uno se halla expuesto a brucas inundaciones. Los caballeros muy educados os rociaban con perfume. Los muchachos mal educados os anegaban en agua. Se desquitaba uno pronto. Resultado: era menester cambiar de traje tres o cuatro veces durante el día. Debido a esta costumbre el día de Pascua se llama en nuestro país: "Oblewany poniedzialek", es decir, "lunes mojado".

Pero, ha llegado ya el momento de correr el telón. ¡Que no pueda yo enseñarles como en un film lo que mi pobre español evoca con tanta dificultad! Pero, ¡ay! este año no ha habido Pascua en mi patria. Todo lo que les he dicho pertenece al pasado. Las iglesias están en ruinas, los sacerdotes muertos o dispersos. Lo mismo ricos que pobres mueren de hambre. Todo un pueblo ajusticiado vive cotidianamente en la agonía del Viernes Santo. Señor, ¿cuándo, pues, nos haréis participar de la alegría de la Resurrección? ¿Cuándo en lugar del "miserere", podremos cantar el "aleluya"?

Piotr Kmita

!!! HAMBRE!!!

En medio de las difíciles circunstancias alimenticias que atraviesa el mundo y que también afectan a España, en el intervalo de pocos días el Excmo. Sr. Obispo de Barcelona y algo después S. S. el Papa han elevado su voz para señalar a sus diocesanos, y al mundo entero, los deberes que esta situación, que amenaza ser trágica, impone a todos. Sin más comentarios, pues en sí mismas, pastoral y alocución, llevan manifiesta su razón de ser, transcribimos a continuación los párrafos más salientes de ésta y el texto íntegro de aquélla.

ALOCUCION PONTIFICIA

La pobre humanidad que acaba de salir del río de sangre, por el que pasó durante los años de la guerra, se alza en busca de la paz, por un sendero aún más duro, más empinado y más cubierto de espinas. A cada paso surgen nuevos impedimentos y obstáculos cuya gravedad pocos sospecharon en la primera albor de la victoria tan penosamente lograda.

Mientras los hombres de Estado, a menudo abrumados por las dificultades, tratan en sus deliberaciones de echar los cimientos de la reconstrucción política y económica y de eliminar o por lo menos suavizar la inevitable discrepancia de opiniones e intereses, surge detrás de ellos el amenazador espectro del hambre, mientras se inclinan sobre sus estadísticas y columnas de cifras que se alargan lentamente bajo sus miradas sienten sobre ellos el peso de la insistente y

amarga certidumbre de que la sombra siniestra del hambre se cierne, por lo menos, sobre una cuarta parte de la población del globo. Sobre inmensos territorios amenaza segar multitudes enteras, a menos que se impongan remedios a tiempo, y el número de afectados hace casi insignificante la cifra, indudablemente impresionante, de combatientes y no combatientes muertos en todos los frentes durante la reciente guerra.

NECESIDAD IMPERIOSA

Varias circunstancias imprevistas e imprevisibles han agravado las ya formidables dificultades del abastecimiento: En Europa Oriental, el insuficiente alojamiento forzoso de gran parte de las poblaciones locales; las malas cosechas de

A LA LUZ DEL VATICANO

trigo en Europa meridional y tierras que la rodean, las malas cosechas especialmente de arroz en Asia oriental y del Sudeste y la sequía en Africa del Sur.

Sus consecuencias se hacen cada vez más claras. Hay necesidad cada vez más indispensable de llevar importaciones a Europa durante los meses que faltan para la próxima cosecha e imperiosa necesidad de ayudar a las poblaciones de otros territorios que hemos nombrado y que en épocas normales se bastaban a sí mismos.

ORACION MAS FERVIENTE

Es indudable que hay muchas regiones que producen más de lo que necesitan sus poblaciones, pero sin mencionar a los que, desgraciadamente, se vieron envueltos en la conflagración mundial y experimentaron devastación de la guerra y postguerra, digamos que importantes existencias que habían sido acumuladas fueron retiradas del mercado público durante el conflicto y utilizadas como forraje para animales o sometidas a procesos químicos e industriales.

En todo caso, aun con las existencias disponibles no será posible resistir hasta la próxima cosecha sin grandes dificultades y siempre que se utilicen todos los medios posibles. Y aun así, al comienzo de la recolección no quedará materialmente nada en reserva. En consecuencia, la difícil situación alimenticia no quedará tampoco definitivamente resuelta entonces. Quizás persista —Dios no lo quiera— hasta la cosecha siguiente. Por lo tanto, la oración diaria que dirigimos a nuestro Padre en el cielo, aun en épocas de prosperidad, habrá de hacerse más grave y ferviente: ¡¡El pan nuestro de cada día dánosle hoy!!

MEDIDAS PROPUESTAS

No dudamos que los pueblos que en el logro de sus objetivos de guerra mostraron gran poder de organización y tan heroico espíritu de sacrificio darán pruebas de las mismas cualidades ahora que hay necesidad de arrebatar a la muerte a millones de seres humanos.

Se trata de dejar libres las existencias que quedan y de crear unas nuevas, de impedir el desperdicio de víveres o su empleo para propósitos inmediatos que no sean el de alimentar al hombre; evitar el cese del trabajo injustificado o desconsideradamente, así como de disponer de los medios adecuados de transporte, de adoptar las medidas financieras necesarias, de tratar de utilizar todas las posibilidades de sembrar. Son cuestiones éstas que requieren habilidad de organización y espíritu de sacrificio.

Sin embargo, si la organización, por hábil y fuerte que sea, ha de quedar reducida a una mera acción administrativa, si el espíritu de sacrificio llevado hasta el heroísmo no ha de inflamarse por un ideal superior al de la disciplina militar o nacional poco se habría logrado.

LA PAZ, EN PELIGRO

La raza humana está amenazada de hambre y el hambre en sí es causa de incalculable intranquilidad, en medio de la cual la paz futura apenas en germen, correría el riesgo de ser sofocada antes de nacer. Sin embargo, ¡qué necesaria es la paz para los pueblos de la tierra! Ante ese peligro común no hay cabida para pensamientos de venganza o represalia, para ansia de poder o dominio, ni para deseos de aislamiento o privilegio de los vencedores.

PELIGRO QUE DEBIERA UNIR A TODOS

¡Ojalá llegue a todos la plena convicción de que la actual amenaza de hambre es un peligro común que debiera unir a todos los pueblos en una solidaridad fraternal, olvidando todas las diferencias y todos los conflictos e intereses

particulares! ¿Qué interesa en estos momentos, quién es responsable o qué parte de responsabilidad corresponde a cada uno, ni qué importa tampoco contrastar quién es más o menos digno de ayuda?

Lo que ahora importa, lo que urge, es que el socorro llegue pronto y en cantidad suficiente allá donde la necesidad sea mayor. Hoy más que nunca, se han de recordar las palabras del Salvador: "Puesto que lo hiciste a uno de mis hermanos, me lo hiciste a mí" (San Mateo, 25, 40).

RESPONSABILIDADES

Y es también hora de recordar el amargo reproche que Él dirige a quien, por egoísmo o indiferencia, no acude en auxilio del prójimo necesitado, porque es muy grave la responsabilidad de aquellos que, sea por su posición, o sea por otras circunstancias, están llamados a evitar el peligro inminente o a ponerle remedio.

Habrán de responder ante Dios de la forma en que han desempeñado su misión quienes tienen en su mano los medios de aliviar las desgracias de tantos seres humanos, sea mediante la diligencia y buena fe en la adopción de las medidas económicas, sea por su actividad y buena disposición en cuanto atañe a la producción y al transporte, sea por cualquier otro medio.

Y será todavía más directa y grande la responsabilidad de todo el que, hombre o mujer, acumule u oculte provisiones o explote en forma vergonzosa e imperdonable las necesidades y las miserias del prójimo, trátase de individuos o de pueblos, en provecho puramente personal, enriqueciéndose mediante ilícitas especulaciones o formas viles de comercio.

LA TRANQUILIDAD DEBE MANTENERSE

Pero para que la crisis actual pueda ser vencida es indispensable que se mantenga la tranquilidad y el orden público, es necesario que todos guarden la calma, pues la historia nos muestra con numerosos ejemplos los desastrosos efectos que produce esa desilusión y desesperanza que con frecuencia va emparejada con el hambre, dando lugar a las revueltas y al pillaje. ¡Hay de los que susciten tal incendio, mediante la incitación a inútiles disturbios y desórdenes! Y ¡hay también de los que los provoquen con la exhibición de sus escándalos, lujos y despilfarros!

Padres: Cuidad de que vuestros hijos aprecien mejor el carácter sagrado del pan y de la tierra que nos lo da. Nuestra era lo ha olvidado demasiado al perder los gustos sencillos y crearse necesidades caprichosas y extravagantes. Quizá quiera Dios recordarnos la senda buena y sencilla al mandarnos esta escasez del don inestimable que es el pan. Aceptemos esta lección con espíritu humilde para que ayude al establecimiento de un mejor orden social y económico.

LLAMAMIENTO DE AYUDA

Han sido ya sobrepasadas las víctimas producidas por la guerra pasada en uno u otro lado, en los frentes y en el interior de los países. Es hora de que cerremos el paso a la muerte, que se apresta a reclamar una contribución incomparablemente más dura que la guerra misma. No permitamos que en millones de tumbas de inocentes criaturas se graven las trágicas palabras de acusación: "Los pequeñuelos han pedido pan, pero no hubo quien lo compartiese con ellos". (Lamentaciones, 4, 4).

Acudid todos cuantos tengáis medios, ya seáis individuos o pueblos, en ayuda de vuestros hermanos necesitados. Escuchad la exortación del Profeta: "Da tu pan al hambriento" (Isaías, 58, 7). Pero, sobre todo, ¡que vuestra mirada espiritual sea capaz de percibir la gran visión! No son sólo los hambrientos del mundo los que en estos momentos extienden la mano necesitada hacia vosotros, sino que Cristo mis-

mo os pide el pan que necesitan sus pobres. ¡Cada bocado que les déis, lo dáis a El! ¡Cada bocado que les neguéis se lo negáis a El!

PREMIO Y CASTIGO

Un día llegará en el que lo que muchos no son capaces de ver todavía quedará de manifiesto ante los ojos de todos, cuando el jefe supremo aparezca en toda la majestad

de su infinita justicia para pronunciar ante la Humanidad su irrevocable sentencia: "¡Apartaos de Mí malditos, pues estaba Yo hambriento y no me disteis de comer!" (San Mateo, 25, 41-41). Felices, en cambio, aquellos que oigan las divinas palabras de infinita dulzura: "Venid los elegidos de mi Padre, pues estaba Yo hambriento y me disteis de comer. Todo el bien que hicisteis al más humilde de mis hermanos me lo hicisteis a Mí" (San Mateo, 25, 34-35-40).

PASTORAL DEL OBISPO

Muy amados diocesanos:

El problema alimenticio, que en tantos pueblos de Europa se presenta pavoroso, no podía menos de afectar también, aunque con mucha menos gravedad, a nuestra Patria, por el necesario enlace de la vida de las Naciones y además por la pertinaz sequía que, durante dos años, malogró muchas cosechas del campo y causó grave daño a nuestra industria, la cual todavía no ha podido normalizar su trabajo y su producción.

Vivimos los días más críticos, en los cuales se dejan sentir con más fuerza los efectos de esa escasez, especialmente de alimentos de primera necesidad.

Lo sabemos, no sólo por las noticias que a diario recibimos de nuestros pobres, que en ningún modo pueden sernos indiferentes, sino porque la demanda de socorros crece cada día.

Gracias a la generosidad de nuestros buenos católicos y a las limosnas de los que toman la Santa Bula de Cruzada, hemos podido remediar y podremos seguir, gracias a Dios, remediando no pocas necesidades, pero la demanda de los pobres en la hora presente no es tanto de dinero cuanto de alimentos, lo cual nos impone a todos nuevas obligaciones que Nos debemos y queremos inculcaros.

Pesa sobre nosotros, en las actuales circunstancias, este gravísimo deber impuesto a unos por la justicia y a otros por la caridad: hacer que puedan llegar a todos, absolutamente a todos, aun a los más pobres, los alimentos de primera necesidad.

Intimar el cumplimiento de ese sagrado deber, interponiendo toda la autoridad y fuerza moral que nos da nuestra condición de Obispo vuestro, lo reputamos grave obligación nuestra pastoral y la cumplimos diciéndoos:

1.º Todo buen ciudadano, cuanto más todo buen católico, está obligado a cumplir fielmente y a procurar que se cumplan las leyes y disposiciones emanadas de las Autoridades competentes, encaminadas a lograr que lleguen a todos, en la debida proporción, los artículos alimenticios.

Por tanto, pecan gravemente: a) los que teniendo a su cargo administrar dichas leyes o disposiciones, lo hagan de forma que alteren o imposibiliten la justa distribución; b) los que retienen o acumulan por codicia o por otros motivos innobles, materias alimenticias, impidiendo así el normal abastecimiento de los menos afortunados; c) los que artificialmente causan elevación de precio de los alimentos, haciéndolos inaccesibles para muchas familias; d) los que, por su floreciente posición económica, adquieren y consumen alimentos en cantidad superior a la necesaria para vivir y reponer fuerzas para el trabajo.

Si así no habláramos, no cumpliríamos el deber que cada

día, durante este tiempo cuaresmal, la Iglesia nos recuerda en el rezo del Oficio Divino, poniendo en nuestros labios estas apremiantes palabras: "Clama sin cesar; levanta tu voz a son de trompeta y anuncia a mi pueblo sus pecados".

2.º Las circunstancias actuales imponen también la obligación, muy en armonía con el espíritu de la Santa Cuaresma, de ser sobrios en la comida, morigerados y austeros en el vivir. En su consecuencia,

a) reprobamos como contraria al buen sentido cristiano y humanitario la práctica de reunirse para diversiones y comilonas en las que se despilfarra el dinero y se consume lo que a otros les hace falta para vivir y trabajar. Y no importa que se quiera coonestar con el título de *benéficas* a tales reuniones.

b) La verdadera beneficencia es ésta: a impulsos de una caridad, que no podrá menos de atraer las bendiciones del cielo, organizar y cercenar el régimen alimenticio de forma que se cumpla a la letra lo que la Iglesia constantemente repite durante la Cuaresma: "Parte tu pan con el hambriento". Cuando las circunstancias son tales que algunos no tienen lo necesario para vivir, hemos de partir; al menos por imperativo de la caridad, aun la porción de pan que en justicia nos corresponde.

Hemos sabido de algunas empresas que a sus obreros les proporcionan alimentos, sin reparar en sacrificios. No podemos menos de alabar ese proceder, único tal vez que en estas circunstancias puede resolver el problema de alimentación de numerosas familias.

Pensad, amados diocesanos, que las circunstancias extraordinarias imponen también sacrificios y privaciones no comunes.

La consigna, pues, de los buenos católicos y de todos los que conserven siquiera un poco de espíritu humanitario, ha de ser ésta: No consentir que haya entre nosotros nadie que padezca hambre, ni enfermos que no tengan lo necesario para combatir su enfermedad, ni padres que no puedan dar pan a sus hijos, ni trabajadores que pierdan el vigor de sus brazos, necesario para producir lo que ellos y la sociedad necesitan.

Para ello, generosidad; generosidad hasta lo heroico, si es preciso, en el partir el pan con nuestros hermanos.

¡Qué hermoso ejemplo daría Barcelona, en medio de estas oleadas de odio que envuelven al mundo, si el culto de la justicia y la efusión de la caridad hiciera superar con alegría estas horas difíciles, abasteciendo todas las mesas con alimentos perfumados por el aroma de la verdadera fraternidad cristiana! Por nuestra parte trabajaremos y oraremos para que así sea, y eso mismo pide de vosotros, mientras os da su bendición,

EL OBISPO DE BARCELONA

Noticiario quincenal

San Antonio de Padua, Doctor de la Iglesia

Por la Congregación de Ritos, con las prácticas y ritual habituales ha sido proclamado Doctor de la Iglesia Universal San Antonio de Padua.

Con él serán ya dos los Doctores con que contará la Orden franciscana, pues ya anteriormente había merecido tal título San Buenaventura, conocido con el nombre de el Seráfico Doctor.

El título de Doctor de la Iglesia es conferido solamente a aquellos que de modo muy especial en sus escritos o con sus enseñanzas prestaron gran servicio a la causa de la Iglesia. Ellos deben ser *eminentis doctrinae et insignis vitae sanctitatis*, esto es, eminentes por su doctrina e insignes por su vida de santidad, por lo que, generalmente sólo recae en los que han sido canonizados.

Este título fué concedido por primera vez en los primeros días de la Edad Media a siete grandes Santos y Maestros: San Gregorio el Grande, San Agustín, San Ambrosio y San Jerónimo en la Iglesia de Oriente, y San Juan Crisóstomo, San Basilio y San Gregorio de Nacianceno en la Iglesia Occidental. En 1298, el Papa Bonifacio VIII ordenó privilegios litúrgicos especiales para ellos en la celebración de sus Misas y Oficios. Con posterioridad han ido siendo nombrados otros Doctores entre eminentes Santos.

Entrada en su diócesis del nuevo Obispo de Solsona

El pasado domingo de Ramos hizo su entrada solemne en Solsona el nuevo titular de dicha diócesis Excmo. Dr. Don Vicente Enrique Tarancón, consagrado en la Iglesia parroquial de Burriana en la fiesta de la Encarnación.

Héroe infatigable de los primeros años de la Acción Católica, ha merecido ser elevado al Episcopado a los 39 años de edad, habiendo manifestado con tan solemne ocasión: "Se cumple en mí perfectamente aquella frase de San Pablo, "El Señor se complace en escoger a los pequeños para confundir a los fuertes".

Es autor de luminosas obras de predicación, piedad cristiana y Acción Católica, habiendo tomado como lema para su escudo episcopal: "Totus omnibus; omnes Christo".

Una Unidad católica en el Ejército inglés

Por primera vez en su historia, el Ejército inglés cuenta con una Unidad católica oficialmente reconocida, que en la actualidad se halla en Milán y que es designada con el nombre de "Catholic Leadership (Course)".

Se halla bajo la dirección de un antiguo capellán del ejército, el Rvdo. Estanislao Savage y su tarea es el apostolado católico en el Ejército, en el sentido de formar grupos que luego de seguir un curso vuelvan a sus Unidades, y allí actúen bajo el plan concretado en las frases: Vivir en Cristo, pensar en Cristo, hablar como Cristo y actuar como Cristo.

La última guerra, dice Fr. Estanislao Savage, ha determinado un destacado descenso de los prejuicios anticatólicos del Ejército inglés.

Audiencia Pontificia

Recientemente, a su regreso del comentado viaje a Turquía, hecho por el acorazado americano "Missouri", Su Santidad recibió en audiencia a 500 marineros de la dotación de dicho barco.

Pastoral colectiva del Episcopado alemán prohibida

Las autoridades militares en la zona norteamericana de ocupación prohibieron la lectura en las iglesias católicas de la pastoral de los obispos alemanes en la que se denunciaban los bestiales abusos que sobre las vidas, libertades y propiedades están cometiendo los rusos en Alemania. En cambio las autoridades británicas permitieron su publicación en la zona de su control.

Elección de General de los Jesuitas

Al objeto de proveer la vacante ocasionada por la muerte del Muy Rvdo. Padre Wladimiro Ledochowsky, muerto en diciembre de 1942, han sido convocados en Roma para el día 12 de septiembre próximo todos los Padres Provinciales de la Compañía de Jesús, donde elegirán al nuevo Padre General.

Dos noticias

Ambas han sido publicadas por el importante periódico de La Habana, el "Diario de la Marina". Su comparación resulta interesante.

Según la primera de ellas, y en virtud de noticias recibidas de Londres por el citado diario, a propósito de la proyectada traída de 50.000 niños a España, copiando literalmente dice:

"El Gobierno inglés opina que el Gobierno de Franco, antes de recibir los 50.000 niños que promete sostener a su costa durante el próximo invierno, tiene que explicar, de manera satisfactoria para los aliados, el régimen alimenticio que piensa dar a los niños y la educación que habrán de recibir.

"Sobre todo lo que más preocupa al Gobierno socialista de Su Majestad es saber cuáles van a ser los principios que se van a inculcar a los niños".

Con motivo de la salida autorizada por Moscú de unos de los niños españoles allí confinados por los rojos durante la guerra civil, aparece la segunda noticia que dice así:

"Veinte niños españoles que se refugiaron en Rusia durante la guerra civil española han recibido permiso para abandonar la Unión Soviética y trasladarse a Méjico y Venezuela, donde se reunirán con sus padres.

"Los niños forman parte de los 8.000 refugiados que han vivido ocho años en Rusia, desde la guerra civil de España.

"Los refugiados recibieron educación y se les organizó en pequeñas comunidades".

Ante la conmovedora solicitud de quienes se preocuparon vivamente por la libertad espiritual de los niños que caritativamente se ofreciera acogerlos preguntamos cuál habrá sido el grado de solicitud desplegado por la clase de educación y enseñanza de esos pobres millares de niños desterrados en Rusia.

Por nuestra parte, y mientras no haya noticias contrarias que nos lo demuestre, suponemos con fundamento que los ocho años de enseñanza entre los soviets, habrán desarrollado sus mentes infantiles, de entonces, en el sentido de hacerlos forzosos adeptos de sus ideas, de forma que ahora, hechos ya hombres, en su salida puedan ser eficaces agentes. Y sin embargo ni por su educación ni por su alimentación nadie se preocupó.

Reinado Social del Sagrado Corazón

REVISTA ILUSTRADA

Organo oficial de la Entronización y de la
Adoración Nocturna en el Hogar

MIRANDA DE EBRO (Burgos)

Editores: RUIZ HERMANOS, Madrid - F. MACHADO & Cía, Porto - NICOLA ZANICHELLI, Bologna - PRESSES UNIVERSITAIRES DE FRANCE, París - DAVID NUTT, London - BUCHHANDLUNG d. KÖN. UNG. UNIVERSITÄTS-DRUCKEREI, Budapest - F. ROUGE & Cie., Lausanne - ROBERT MÜLLER, Berlín - G. E. STECHERT & Co., New York
THE MARUZEN COMPANY, Tokyo.

1946

a 40°

REVISTA DE SINTESIS CIENTICA

"SCIENTIA"

Publicación mensual - (Cada cuaderno de 100 a 120 páginas)

Jefe Redactor: Paolo Bonetti

ES LA ÚNICA REVISTA que tiene verdaderamente colaboradores en todo el mundo.

ES LA ÚNICA REVISTA de síntesis y de unificación del saber que examine en sus artículos los problemas más nuevos y más fundamentales de todos los ramos de la ciencia: filosofía científica, historia de la ciencia, matemáticas, astronomía, geología, física química, ciencias biológicas, fisiología, psicología, historia de las religiones, antropología, lingüística; artículos que muchas veces han constituido verdaderas y propias encuestas, como aquella sobre la contribución de los diferentes pueblos al progreso de las ciencias; sobre el determinismo; sobre las cuestiones físicas y químicas más principales y particularmente sobre la relatividad, la física del átomo y de las radiaciones; sobre el vitalismo. «Scientia» estudia de esta manera todos los más grandes problemas que interesan al mundo de los sabios y de los intelectuales.

ES LA ÚNICA REVISTA que puede tener en calidad de colaboradores todos los más ilustres sabios del mundo. «Scientia» publica los artículos en la lengua original de sus autores. En cada cuaderno está adjunto un **Suplemento** que contiene la traducción completa francesa de los artículos publicados en el texto en alemán, español o inglés. (Pídanse cuadernos de ensayo a «Scientia» Asso (Como, Italia), enviando - a título de reembolso de los gastos de correo y envío - 25 liras italianas de sellos postales del país de origen).

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN: Liras ital. 1200—; \$ 12.00; sh. 60.00

Grandes rebajas se conceden a los que suscriben a más de una anualidad

Se pidan informes directamente a «SCIENTIA» Asso (Como, Italia)

HA APARECIDO YA

la obra de **LUIS CREUS VIDAL**

LA VUELTA A LOS ALTARES

Del ocaso de las dinastías
de los siglos XVIII y XIX

a la tragedia de la actual postguerra

VENTA EN
LIBRERIAS

Pídalo a la Administración de
CRISTIANDAD

PRECIO:
25 Pesetas

**Cuevas de
Artá**

MALLORCA



Múltiples son las bellezas con que dotó Dios a esta privilegiada Isla, de todas sobresale una por su magnificencia:

Las maravillosas
Cuevas de Artá
